

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

LOS SIETE DEL MIEDO

*Curtis
Garland*





SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

LOS SIETE DEL MIEDO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.680

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02 02513-7
Depósito legal: B. 29.975-1982

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: octubre, 1982
2.ª edición en América: abril, 1983

© Curtis Garland - 1982
Texto

© Bernal - 1982
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrès, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

PRÓLOGO

EN PRIMERA PERSONA

La bomba estalló inesperadamente.

Son muchas las bombas que estallan así, cuando no se pueden prever ni hay evasión posible a sus devastadores efectos. Bombas escondidas en alguna parte insospechada. Un explosivo asesino, preparado para destruir, para causar el pánico, la muerte, la confusión, el terror.

El terror.

Ése fue el gran motivo de aquella explosión, la mecha que prendió, el detonante que la hizo estallar justamente en el momento menos adecuado para ello.

El terror invisible, desconocido pero real, que domina al mundo con su demencial tenaza de horrores infinitos. El terror que mueve los hilos de tantas y tantas organizaciones siniestras, en todo el globo.

Un terror ciego, criminal, dantesco, que desconoce la piedad y las reglas de todo juego, incluido el de la propia guerra. Porque va más allá de la guerra, más allá de todo lo previsible, de todo lo humano, de todo lo racional. Las guerras, por feroces y cruentas que sean, tienen un cierto código del honor, una convención de Ginebra, una Cruz Roja, normalmente respetada por ambos bandos.

El terror, no. El terror no posee códigos ni normas.

Y ese terror fue el que manejó aquella bomba, depositada allí por fría y deliberada decisión de sus tenebrosos servidores.

Estalló a mediodía, con la calle llena de gente, cerca del mercado de la ciudad. Hasta entonces, había estado oculta en un automóvil aparcado allí, aparentemente inofensivo. Ningún agente de tráfico, ningún policía había previsto su presencia en el lugar.

Pero estalló. Y sembró la muerte alrededor.

Durante horas enteras estuvieron extrayéndose cuerpos destrozados, cascotes sepultando a víctimas inocentes, vehículos incendiados o hierros retorcidos y ennegrecidos, bomberos derramando espuma sobre los edificios en llamas, ambulancias evacuando heridos que lloraban o gemían su terrible dolor, con miembros amputados, con el cuerpo y las ropas ensangrentadas, muchos de ellos con tan escasa vida que fallecían durante el camino o apenas ingresados en algún hospital.

Entre esas víctimas estaba mi esposa.

Mi esposa Sue. Embarazada de seis meses. Por tanto, estaban virtualmente dos seres: mi esposa e hijo. Acababan de entrar en el automóvil vecino al que contenía la carga explosiva.

Yo estaba en esos momentos caminando por la acera, cargado de paquetes, procedente del mercado, algo distanciado de mi mujer por causa de un vendedor ambulante que se había empeñado en venderme algo, no recuerdo qué. Yo traté de deshacerme de él, mientras el vendedor regateaba, reduciendo por momentos el precio de su mercancía, entre sonrisas, frases ininteligibles en su lengua y algún chapurreo detestable en inglés.

Ignoraba que ese vendedor iba a salvarme la vida. Inicialmente, cuando comprendí lo que significaba aquello, le maldije con toda mi alma. Eran los momentos siguientes a la noticia terrible que me confirmaba la muerte de Sue en la explosión. Luego, a lo largo del tiempo, mientras me he ido serenando poco a poco, le he dado mentalmente las gracias. No sé quién era ni, quizás, llegue a saberlo nunca. Un ser anónimo, un nativo de aquel país, obstinado y persuasivo, como todos los vendedores ambulantes.

Cuando el coche voló por los aires, en compañía de algunos otros cercanos, al producirse la pavorosa explosión, una sensación de horror, de incredulidad y de rabia infinita me atenazaron. Después no supe más. Yo mismo había caído en la acera, golpeado por cascotes y hierros, abrasado por pavesas que volaban por el aire en una dantesca confusión.

Perdí el conocimiento. Tardé en recuperarlo. Cuando lo hice, me encontraba en un centro hospitalario, rodeado de médicos y enfermeros. Estaba vivo, pero al querer tocar mi rostro, que me dolía intensamente, sólo acaricié vendajes y vendajes. Tenía la

cabeza toda envuelta en ellos. Y veía dificultosamente a través de las rendijas que los mismos dejaban ante mis ojos. Una sensación de miedo me asaltó.

—¿Qué ha ocurrido con mi cara? —pregunté, cuando ya habían pasado días desde que me informaran de que mi esposa, Sue Darby, había muerto en el atentado terrorista.

Un médico me informó amablemente en inglés:

—La tiene muy desfigurada, señor Darby. Por fortuna, salvó sus ojos. Pero el resto de la cara es un verdadero mapa de cicatrices, aunque hemos hecho todo lo posible por salvársela, señor.

No me importó demasiado en aquel momento. Nada me importaba por entonces, todavía sometido a la terrible impresión que causara en mí la muerte de Sue. Había pasado días enteros llorando y nombrándola, evocando su figura graciosa y juvenil, su rostro encantador, su voz dulce y risueña, su juventud, su vitalidad... Pero el tiempo iba cicatrizando las heridas de mi alma, aunque mucho más lentamente que mi rostro. Ya no lloraba ni la mencionaba. Pero no podía apartarla de mi memoria. Seguía pensando en ella. Siempre en ella...

Y supe que un nuevo y desconocido sentimiento había anidado en mí en aquellas largas semanas de hospitalización, hasta quitarme los vendajes del rostro y reintegrarme a la vida normal, también con huellas de la metralla y el explosivo en mi pierna izquierda, que cojeaba ligeramente.

Ese sentimiento era el odio.

Odio implacable, frío, atroz. Odio a todo lo que significara terrorismo ciego, asesino, fuese cual fuese el burdo pretexto de su ideología.

Odio a los que mataron a mi esposa.

Ignoraba quiénes eran. En realidad, creo que lo ignoraban todos. Unas siglas, un grupo como tantos otros, se había atribuido el salvaje atentado, reivindicándole en nombre de no sé qué malditos principios políticos. La policía de aquel país me confesó que no sabía nada o casi nada de ese grupo de terroristas. Pero acostumbraban a cometer actos así para impactar en la opinión pública: explosivos, asesinatos sin motivo aparente, secuestros con rescate o con asesinato de la víctima, voladura de ferrocarriles, yates o centros industriales, atentados a políticos de otra ideología.

Ignoraban si eran de filiación derechista o izquierdista. Creo que, en realidad, no sabían nada. Y lo poco que sabían no les gustaba decirlo.

—Me tiene sin cuidado lo que fuesen —dije al jefe de policía local, en mi primera visita apenas abandoné el hospital—. No hay izquierda ni derecha en actos así, sino simple asesinato. Nada puede disculpar a quien comete una salvajada semejante. ¿Cuántas víctimas hubo en esa explosión?

—Muchas —confesó con un suspiro, eludiendo mi mirada—. Treinta y siete muertos y ciento doce heridos.

—¿Lo ve? Eso no se justifica mediante política. Ni mediante nada. Es matar por matar, es asesinar a sangre fría y nada más. Los que pusieron esa bomba ahí no eran idealistas, sino criminales. Tal vez mercenarios pagados por alguien. Yo sé mucho de mercenarios.

—¿Usted? —se extrañó el policía.

—Sí. He sido mercenario hasta el día en que me casé. Estuve en guerras que no me importaban lo más mínimo, pero pagaban bien. No defendí ninguna bandera que significase nada para mí. Sin embargo, luché honradamente por un salario, jugándome el pellejo a cada momento. Fui honesto a mi modo. Combatí siempre cara a cara, a vida o muerte, por mucho que nos insulten a los que nos dedicamos a eso. Un día comprendí que tampoco era un camino limpio, porque a veces había que defender cosas indefendibles a cambio de una soldada generosa, y lo dejé. Hice bastante fortuna con eso. Ahora, ante cosas como la sucedida aquí, creo que los mercenarios y nuestra guerra sin bandera es mucho más honesta y limpia que otras muchas cosas que existen y se toleran hoy en día en el mundo con escalofriante complacencia por parte de fuerzas del orden, gobiernos y autoridades de todo tipo.

Se dio por aludido y me replicó, algo ofendido en su tono:

—Comprenda, señor Darby, que apenas sabemos nada de esos grupos terroristas que se mueven en nuestro país. Realmente el mundo está lleno de ellos, y existen sin duda conexiones importantes entre ellos. Hay países que permiten que los terroristas se entrenen y preparen en campos suyos, y luego son enviados a los lugares señalados por los altos designios de sus mandatarios. Es como una tela de araña que lo envuelve todo y contra la que es imposible luchar. Uno puede cortar dos o tres hilos, pero la araña

los repone pronto, e incluso la teje luego más tupida.

—Sí, entiendo. Y cuando cogen a unos cuantos de esos terroristas, ¿qué hacen los gobernantes? Un juicio, una condena más o menos severa, y nada más.

—No se puede hacer otra cosa.

—Se puede hacer. Y es lo que voy a hacer yo, a partir de ahora: matar.

—¿Qué es lo que dice? —Me miró asustado el jefe de policía.

—Muy sencillo: lo que no hacen los gobiernos, lo haré yo personalmente. Si he sabido luchar contra enemigos que nada me importaban, sabré hacerlo mejor aún contra los miserables que me dejaron sin esposa e hijo y destrozaron mi rostro. No tendré piedad con ellos. Si ellos matan, yo mataré también. Cuando me encuentre con cada terrorista, o él me mata a mí, o yo le mato a él. Es una guerra, una guerra sin cuartel, con todas sus consecuencias.

—Es una idea comprensible por la pérdida que ha sufrido, señor Darby, pero permítame decirle también que es una idea muy reaccionaria...

—¿Y qué se gana con las ideas generosas y humanizadas de ustedes? —repliqué con voz áspera—. Nada. Ellos siguen matando. Matando, robando, secuestrando, aterrorizando a las gentes honradas. En lo que a mí respecta, eso se acabó. También a mí van a temerme esos bastardos anónimos, puede creerlo.

—Hay mucho odio en usted —manifestó tristemente el funcionario.

—¿Qué esperaba? ¿Qué hubiese comprensión, tolerancia y perdón en mis palabras? No, amigo mío. No soy un santo ni un imbécil. No perdono. Nunca perdoné a los que eran mis enemigos. En el último país que serví como oficial de mercenarios, al renunciar a mi trabajo quisieron asesinarme. ¿Sabe lo que hice? Maté a los que habían sido encargados de esa tarea y escapé del país, llevándome conmigo una pequeña fortuna que estaba encargado de custodiar para beneficio de un tirano, de un déspota. No tengo escrúpulos a la hora de devolver golpe por golpe. Alguien va a saber eso muy pronto.

—Es una locura. Un hombre solo, nada puede contra el terrorismo internacional. Podrá, con mucha suerte, descargarles un golpe. Nunca podrá darles el segundo, porque ellos le borrarán de la

faz de la tierra.

—Es posible —reí duramente—. O quizás no ocurra como usted imagina. Valdrá la pena intentarlo.

Abandoné aquel país dos días más tarde, tras visitar en un cementerio local la tumba donde reposaban los restos de mi amada Sue. Y nunca mejor empleada la palabra. Era tan poco y tan irreconocible lo que había quedado de ella...

Los siguientes meses fueron para mí como una pesadilla interminable. Supe que iba a serme mucho más difícil de lo que imaginara adaptarme a mi nueva vida en soledad. No podía dejar de pensar en Sue.

En un centro médico suizo me hicieron una serie de delicadas intervenciones quirúrgicas en el rostro. Era un notable cirujano plástico, y me devolvió un rostro nuevo, que no era el mío, pero que resultaba bastante presentable. Cuando me miré por vez primera en un espejo, creí estar viendo a un desconocido.

Supe que era ya otro hombre, no solamente por el rostro, sino también por todo lo sucedido. Y tuve la idea de serlo realmente en todos los sentidos.

No me costó mucho obtener un pasaporte y una documentación falsos, a nombre de un inexistente Dexter Malone, que iba a suplir al desaparecido Clifford Darby.

Había dejado una etapa de mi vida atrás. Era otra persona desde este momento. Y a partir de entonces, comencé mi lucha personal contra ellos.

Tenía la ventaja de no estar registrado en parte alguna. Era un hombre que, oficialmente, no existía. Los terroristas, por muchos que fuesen sus medios, no podrían detectar ni focalizar a un hombre del que nada se sabía. Si buscaban a Clifford Darby, jamás lo encontrarían.

Sin embargo, Dexter Malone sí les encontraría a ellos. Aunque se escondieran en el mismo centro de la tierra. Todas mis artes de mercenario iban a ser puestas al servicio de una causa desesperada y feroz.

Mi fortuna personal estaba al servicio de esa causa. Confidentes de los bajos fondos de las grandes ciudades, policías corruptos, terroristas «arrepentidos» y toda clase de gente capaz de llevarme hasta ellos de un modo u otro, comenzaron a ser manejados

fácilmente por mi dinero. Pagaba generosamente toda información. Y nunca permanecía mucho tiempo en un mismo lugar. Utilizaba diversa documentación falsa, una serie de nombres ficticios, de lugares de refugio, nunca repetidos. Aprendí el arte de cambiar mi apariencia física mediante postizos y alteraciones faciales.

Y tuve éxito inicialmente.

Mucho más éxito del imaginable. Pensé en el funcionario de policía de aquel país donde hallara la muerte Sue, y sonreí. No podría imaginarse que ciertos aparentes «ajustes de cuentas» entre miembros de ciertos grupúsculos terroristas de distintos países, eran obra mía.

Jamás asesinaba a ninguno de ellos, aunque lo hubiera hecho sin remordimientos con sólo recordar a Sue y a las otras víctimas de aquella maldita bomba. Les daba la oportunidad de defenderse. Algo que ellos jamás hacían con sus elegidos.

Empecé a detectar una sensación de miedo en las altas esferas del terrorismo internacional. Tan pronto acusaban a la CIA como a cuerpos paralelos de policía o mañosos de las muertes súbitas de algunos de sus miembros, la voladura de un escondrijo con unos cuantos terroristas dentro, como daban a entender que los gobiernos estaban jugando sucio y pagando a pistoleros para deshacerse de aquella peligrosa gente.

Ninguno acertaba. Ninguno imaginaba que aquélla era labor de un solo hombre, de una sola persona. De un auténtico guerrillero anónimo, cuya vida estaba dedicada a cortar los tentáculos del terror, con la vaga esperanza de llegar algún día a una de las varias cabezas que el monstruo poseía.

Por entonces, conocí a varias personas, víctimas como yo de ese mismo terror. Me informé de ellos exhaustivamente antes de confiarme lo más mínimo. Cuando estuve totalmente seguro de que no había nada sospechoso ni fingido en su odio al terrorismo, las recluté conmigo.

Desde entonces, ya no lucho solo. Somos cuatro contra el terror.

Cuatro personas que formamos una sola pifia en el mismo afán. Cuatro seres con motivos sobrados para hacer lo que hacemos.

Ahora, sí. Ahora, ellos saben que existe alguien en la sombra que les combate fría y despiadadamente, usando si es preciso sus propios métodos.

E incluso nos han puesto un nombre. Un confidente de los bajos fondos de Roma nos informó de ello, antes de aparecer muerto por alguien que nadie supo quién podía ser, pero que nosotros imaginamos que era uno de ellos.

Ese nombre que nos han puesto es, simplemente, el de «Verdugos Negros». No nos importó demasiado. Si hemos de ser sus verdugos, continuaremos siéndolo.

Nunca se nos había ocurrido que se nos podría presentar pronto la oportunidad de elevar nuestro combate a cotas más altas, enfrentándose, por fin, a uno de los grandes cerebros de esa especie de sindicato del terror que medra en todo el planeta, lanzando sus ataques desde la sombra.

Y sin embargo, así fue.

Un día, recibimos un extraño mensaje. Era una petición desesperada de ayuda. Incluía la oferta de un millón de dólares en efectivo. A cambio de esa suma, debíamos ayudar a alguien contra el terrorismo.

Ese alguien se firmaba, simplemente, como los Siete.

Y nosotros aceptamos el encargo. Esto sucedía en un cálido mes de junio...

CAPÍTULO PRIMERO

A LA HORA SEÑALADA

—Estamos a mitad del mes de mayo. Y sólo nos dan de plazo doce días.

—Eso significa que antes de fin de mes puede suceder.

—Tonterías. Esas cosas no pueden ocurrirnos a nosotros. Es un vulgar chantaje, nada más.

—Yo no estaría tan confiado. El que envió este mensaje estaba muy bien enterado de nuestro punto de reunión. Y eso no es nada fácil ni está al alcance de todo el mundo.

—Quizás. Pero sigo pensando que pretenden meternos el miedo en el cuerpo y obligamos a pagar. ¡Pagar nada menos que siete mil millones de dólares! Mil millones cada uno de nosotros. Eso es una pura locura.

—Ni siquiera nuestra organización puede reunir una suma así en dos semanas —objetó otro de los presentes, que se limitaba a escuchar en silencio hasta entonces el intercambio de impresiones de sus compañeros de mesa a bordo de aquel yate anclado en una idílica cala cercana a la ciudad de Hong Kong.

—Eso es evidente, pero en el peor de los casos podría discutirse la suma con el que ha enviado el mensaje, reduciéndola notablemente —apuntó otro.

—Rechazo semejante idea de plano —cortó la persona que presidía la reunión en la mesa oval, dando un suave golpe en la lustrosa superficie de madera—. No pagaremos a nadie un solo dólar. Opino como Sorel: esto es sólo un vulgar chantaje de altos vuelos. Y nada más.

—La cinta es bien concreta: o pagamos, o empezamos a morir uno a uno.

—Déjenme ver y oír de nuevo esa grabación, por favor.

Asintió uno de los presentes, pulsando el video. Rebobinó la grabación y comenzó a pasarla de nuevo por el monitor de televisión acoplado.

En pantalla apareció, perfectamente enmarcado por la cámara, en color, un personaje encapuchado de negro, con unas siglas en su caperuza. Las manos enguantadas reposaban encima de una mesa donde se veían folletos y pasquines revolucionarios. Detrás del encapuchado se desplegaban cubriendo el muro una bandera terrorista muy conocida.

—Creo que habrán recibido esta grabación con sorpresa — comenzó lentamente la voz del enmascarado, con perfecta dicción —. Se trata de un mensaje más eficaz y elocuente que un vulgar escrito. Va dirigido a ustedes. A los Siete. Sabemos quiénes son y la cantidad de multinacionales, monopolios y cadenas industriales y comerciales que manejan en todo el mundo. Son los siete personajes más ricos de este planeta y forman la sociedad comercial y mercantil secreta más importante que jamás existió. Ante ustedes y su poder económico se doblegan gobiernos, partidos políticos, instituciones y organismos de todo tipo. Una palabra suya puede decidir una guerra, un conflicto internacional o una alteración absoluta de los valores bursátiles, que pueden arruinar o enriquecer a muchos. Como ven, poseemos claro conocimiento de lo que son. Y también de quiénes son. La prueba es que cada uno de ustedes recibirá una copa de esta videocasete. Siete copias para siete gigantes de la economía mundial. En todas ellas podrán ver la misma imagen y escuchar las mismas palabras. Estamos dispuestos a matarles a ustedes uno a uno, empezando a partir del duodécimo día a contar de la recepción de esta cinta por cada uno de ustedes. Sólo si reúnen en ese plazo de tiempo mil millones de dólares CADA UNO de los siete, y los depositan donde se les dirá mediante otra grabación a recibir dentro de diez días exactamente, salvarán sus vidas y podrán seguir gobernando al mundo desde sus conocidas multinacionales, sus cadenas industriales y su poderío financiero. Mil millones, para cada uno de ustedes, no es mucho dinero, teniendo en cuenta que viene a ser lo que ganan limpiamente en un solo año de beneficios de sus empresas. Rechacen esta advertencia, y comenzarán a morir sin remedio, sin que nada, ni siquiera sus

poderosos medios consigan evitarlo en forma alguna. Esto es todo por el momento. Piénsenlo bien y decidan lo más inteligente y sensato. Saben que nosotros nunca hemos amenazado en vano. Esta vez, tampoco. Adiós, señores. Hasta muy pronto.

La grabación terminaba allí con un enfoque en primer plano de los folletos que el encapuchado sostenía ante sí, destacando las siglas de la organización terrorista. Y así fundía lentamente, hasta el negro absoluto.

—Una filmación interesante —opinó la única mujer sentada a la mesa de los colosos de las finanzas—. Parece realizada por un buen *amateur* del vídeo.

—Posiblemente sea así —admitió otro encogiéndose de hombros—. Pero la realización técnica me tiene sin cuidado. Lo que dice ese tipo es lo que me preocupa de verdad.

—Creo que deberíamos discutir el asunto detalladamente —apuntó la presidencia de la mesa—. Y después votar la decisión a tomar. Somos siete, de modo que no puede haber empate posible. Decidiremos la respuesta mediante ese criterio, si alguien no ve una solución mejor.

—Por mi parte, de acuerdo —aceptó la mujer, alisándose pensativamente el dorado cabello liso con una mano—. Pero hay poco a discutir, imagino. O se acepta o se rechaza esa coacción. No hay otra salida, que yo sepa.

—¿Vamos a hacer pública la amenaza en los medios de información? —se interesó otro de los presentes, el llamado Sorel, que en principio había manifestado su rechazo y su duda sobre la veracidad del ultimátum recibido por tan electrónicos procedimientos.

—Creo que no sería conveniente —objetó otro—. Puede suceder que se le dé excesiva publicidad internacional y se compliquen los posibles procedimientos a seguir para recaudar esa suma y pagarla, si llegara el caso.

—Yo no he pensado, ni remotamente, en pagar un solo centavo de esa suma —replicó vivamente Sorel—. Mencionar mil millones por persona resulta demencial, señores.

—Eso es cierto. Pero la vida tiene un valor que no se paga con simple dinero —apuntó el presidente de la mesa—. Si realmente comprobamos que corremos un riesgo cierto, sería cuestión de

discernir el asunto seriamente. Todos conocemos a esa entidad terrorista que nos amenaza. Siempre cumplió sus siniestras promesas. Pero nuestro caso es diferente. Formamos una élite mundial en el ámbito de las finanzas y la industria. Cada uno de nosotros puede proteger su persona con medios exhaustivos que difícilmente podría nadie salvar hasta llegar a nuestra vecindad con propósitos agresivos.

—Disponemos de diez días para investigar el hecho y llegar a una conclusión definitiva —terció otro de los presentes—. Sugiero que durante una semana nos dediquemos intensivamente a comprobar la veracidad de este mensaje y de su origen real, así como todos los detalles pertinentes en relación con ello. Dentro de una semana, por ejemplo, podríamos reunirnos aquí y decidir mediante votación, una vez expuesto lo que nuestros servicios de investigación hayan descubierto al respecto.

—Entonces sólo tendremos cinco días para responder —objetó el presidente.

—Creo que si tomamos medidas previas, será posible en ese tiempo hacer lo que sea: pagar o prepararnos a combatir, pongamos por caso.

Las cabezas asintieron, tras algunas vacilaciones. El hombre que presidía la mesa, dio un golpe en la madera.

—De acuerdo, señores. Queda levantada la sesión. Nos reuniremos de nuevo dentro de una semana, en un lugar a decidir durante estos días.

Todos se pusieron en pie. Los seis hombres y la mujer se encaminaron a la salida del amplio camarote del yate, para regresar a sus puntos de origen. Poco más tarde, un helicóptero, un submarino, una avioneta, dos embarcaciones ligeras, provistas de una tripulación especializada y dotada de moderno armamento, partían de allí llevándose a bordo a los miembros del grupo.

Cuando se volvieron a reunir, el lugar, la hora y el emplazamiento serían muy distintos. Era su forma de actuar. Y en esta situación, las medidas de prudencia parecían más convenientes y justificadas que nunca.

Justamente una semana más tarde, en torno a otra mesa similar, dentro de un auténtico *bunker* situado en un punto desértico del norte del Canadá, cubierto de eternas nieves. Aquel refugio secreto,

dotado de medios de seguridad altamente sofisticados, había sido el elegido para aquella decisiva reunión de los Siete.

Cada uno de los miembros de aquel consejo de élite mundial, traía consigo un minucioso *dossier* sobre las investigaciones realizadas en torno a la amenaza grabada en vídeo siete días antes.

El examen de datos fue definitivo. La amenaza era cierta, y su origen estaba contrastado debidamente. Muchos bancos mundiales habían recibido la orden ultra secreta de almacenar fondos en efectivo, en moneda norteamericana, para un posible pago a los terroristas.

En esta ocasión, el presidente de la mesa se limitó a escuchar, asintió y golpeó su propio *dossier* con gesto grave.

—Coinciden con los datos que yo mismo he obtenido —declaró—. Por tanto, la conclusión es obvia. El grupo terrorista, conocido como NEWO, o movimiento «Nuevo Mundo» es el autor de la amenaza. Su historial es amplio, triste y macabro. Jamás dejaron de cumplir una amenaza. No hace mucho, el banco de Inglaterra debió pagarles un rescate de medio millón de libras por el rescate de una alta personalidad británica. Ese dinero les sirvió para provocar una auténtica guerra civil en un pequeño país centroamericano, en la que fue derrocado un gobernante y murieron millares de personas. Sólo Dios sabe lo que intentarán hacer ahora nada menos que con siete mil millones de dólares. La suma más enorme y desorbitada jamás pedida por organización terrorista alguna.

—Cantidad que, por supuesto, nunca recibirán si todos piensan aquí como yo —objetó vivamente Sorel, dando un puñetazo en la mesa.

El presidente le miró preocupado, frunció el ceño y meneó la cabeza de un lado a otro.

—A eso, justamente, me refería ahora —dijo fríamente—. Creo que ha llegado el momento de tomar una decisión. Está en nuestras manos hacerlo. ¿Votamos, señores?

—Sí —aceptó la mujer—. Votemos.

—Muy bien —suspiró el hombre sentado a la cabecera de la mesa—. Adelante: Troy Pellamy, Estados Unidos de América.

—No —dijo enérgicamente el aludido—. No pagaré.

—Kurt Scoffield, Canadá.

—Sí —dijo con frialdad el canadiense.

—Brian Hawthorne, Gran Bretaña.

—Sí —corroboró éste—. Pagaré.

Arrugó el ceño el presidente, al ver el cariz que tomaba la votación, a favor del pago de la fabulosa suma exigida.

—Dos a uno a favor del pago —sentenció en voz alta—. Marlene Brügel, Alemania Federal.

—Sí —dijo ella con voz enérgica—. Lo he pensado mucho. No quiero riesgos. Poseo una fortuna casi diez veces esa suma. No me importa pagar si con ello estoy a salvo. Pagaré.

—Tres a uno —jadeó el presidente—. Si empatan ustedes, yo decidiré con mi voto, recuerden. Si no, no votaré en ningún sentido. Jean Paul Sorel, Francia.

—¡No! —negó rotundo el francés—. No pago.

—Tres a dos. Usted debe casi decidir esta votación —sonrió el presidente, mirando al hombrecillo de piel aceitunada, ojos almendrados y gruesas gafas, sentado al lado opuesto de la mesa. Hideki Mitusho, Japón.

—No pagaré —murmuró suavemente el japonés—. Nunca.

—Empaté a tres —concluyó el presidente respirando hondo.

—Le toca decidir al haber empate —le recordó Marlene Brügel.

—Ya lo sé. Y la decisión no es nada fácil. Por un lado, puedo decidir la entrega de una inmensa fortuna que servirá para financiar asesinatos, revueltas, sabotajes y atentados de todo tipo. Por otro, puedo sentenciar a todos nosotros a morir a manos de esos asesinos.

—Sea cual sea su decisión, será acatada —replicó Sorel—. Adelante, por favor.

—Bien. Yo, Abraham Rosebud, presidente de turno de esta asamblea, doy mi voto decisivo sobre la cuestión. No pagaré.

—¡Bravo! —aprobó el francés Sorel con entusiasmo—. Le felicito, Rosebud. Ha hecho lo justo, lo inteligente y sensato.

—¿Usted cree? —dudó el hebreo, moviendo la cabeza de un lado a otro. Se puso lentamente en pie y recogió su *dossier*—... Ojalá pueda decir lo mismo dentro de una semana más, amigo Sorel...

Allí terminó aquella asamblea de emergencia llevada a cabo por las siete personas más ricas del mundo.

La respuesta a los terroristas estaba decidida: era negativa.

Faltaba por conocer cuál sería la réplica de ellos a esa decisión

tan comprometida. Réplica que no se haría esperar, apenas pasados los doce días concedidos en el ultimátum grabado en vídeo.

Kurt Scoffield dirigió una fría mirada al reloj de pared de aquella estancia.

—Las once y treinta y siete minutos —dijo—. Ya falta menos...

—Esté tranquilo, señor —dijo rápidamente uno de los hombres que le acompañaban—. Nadie va a matarle a las doce. Es simple fanfarronería sin base.

—Eso parece —suspiró el canadiense—. Aquí estoy seguro, ¿no?

—Totalmente seguro, señor —asintió el otro—. Todas las medidas de seguridad están tomadas. Los circuitos de alarma han sido comprobados cada quince minutos. No hay un solo fallo, ni un resquicio por dónde pueda meterse un extraño. Es absolutamente imposible que nadie llegue hasta usted esta noche. Ni a las doce, ni después de las doce.

—Aun así, mi querido Gorman, me preocupa esa sentencia de muerte que pesa sobre mi cabeza —confesó Scoffield sombríamente—. Yo decidí pagar mi parte. Pero había aceptado la decisión colectiva. La votación decidió el «no». Creo que fue un error.

—No piense eso, señor Scoffield —rechazó su jefe personal de seguridad—. No hay nada que temer.

El canadiense pareció sopesar las circunstancias y tuvo que estar de acuerdo con su protector. No sólo éste, sino otros cuatro hombres perfectamente adiestrados y armados, cubrían los ángulos de la amplia habitación desprovista de ventanas y de otro acceso que no fuesen las dos puertas, ambas perfectamente guardadas, tanto dentro como fuera. Un monitor de televisión en circuito cerrado, mostraba una imagen del desierto corredor, donde otros dos hombres provistos de fusiles ametralladores montaban guardia. Al otro lado de la habitación, tras la segunda puerta, el dormitorio de Scoffield estaba ocupado por su esposa e hijo, acompañados por tres mujeres de un servicio especial de protección, expertas en artes marciales y armadas hasta los dientes.

En resumen, era totalmente imposible llegar hasta Scoffield en modo alguno. El cerco a su alrededor era implacable. Nadie podía atravesar aquella tupida red de medidas de máxima seguridad en torno a uno de los hombres más ricos del mundo.

Éste volvió a mirar su reloj. Encendió un cigarrillo, se sirvió un

vaso de agua y se tomó una de sus habituales cápsulas de medicamento para sus nervios. Todo ello había sido previamente revisado: sus paquetes de tabaco, sus medicinas, los alimentos, el agua, los licores. Todo. Se quería evitar un posible envenenamiento, si bien la amenaza de los terroristas había sido concreta:

«El primero de los siete en morir será Kurt Scoffield. Morirá a las doce. La muerte será mediante una explosión. Probaremos así nuestro poder».

A poco menos de un cuarto de hora de las doce, momento señalado para la «ejecución» del magnate canadiense, parecía prácticamente imposible que se pudiera cumplir la mortal advertencia de la organización terrorista.

Con los nervios más relajados, Scoffield fumó en silencio, dirigiendo de vez en cuando miradas impacientes a la esfera del reloj, donde las agujas parecían llevar cada vez un ritmo más lento en su avance.

Pero finalmente, las agujas alcanzaron las vecindades de las cifras romanas que formaban el número doce. La medianoche. El momento señalado para su muerte...

No pudo evitar un escalofrío. Clavó sus ojos en ambas puertas. El jefe de seguridad sonrió, mientras señalaba una pantalla electrónica donde debía señalarse la existencia de cualquier posible explosivo en un área bastante amplia. La pantalla permanecía oscura y los detectores silenciosos. Eso quería decir que no existía la menor posibilidad de que hubieran emplazado un explosivo en ninguna zona donde pudiera significar un peligro para el condenado.

—Bueno, dentro de treinta segundos, señor Scoffield, podremos cantar victoria. Y usted se felicitará por no haber pagado un solo dólar a esa gente...

Satisfecho, fue a una mesa donde había varias botellas y se empezó a servir un *whisky* con hielo en un alto vaso. Lo alzó, para llevarlo a los labios.

El carillón del reloj comenzó su melodía.

Eran las doce en punto.

—Enhorabuena, señor Scoffield —sonrió radiante el guardaespaldas. Y se dispuso a tomar su *whisky*.

En ese preciso momento sobrevino la tragedia.

La explosión conmovió la sala toda, haciendo temblar sus muros. Una vitrina repleta de obras de arte valiosas estalló en mil pedazos, reventando también los delicados objetos frágiles y antiguos que allí se conservaban. El propio vaso de *whisky* del protector de Scoffield se hizo añicos junto a sus labios, hiriéndole en el rostro, y derramándose el licor entre sus dedos. Horrorizado, el encargado de la seguridad del magnate, se volvió hacia éste, sin poder entender lo que sucedía. Sus hombres, sobresaltados y en plena confusión, habían levantado sus armas, apuntando a todas partes... y a ninguna concreta, al mismo tiempo.

Kurt Scoffield ya no era ni siquiera un ser humano, al menos en su apariencia. Era una especie de amasijo informe de carne desgarrada, ropas abrasadas hechas jirones, con los huesos astillados, los nervios deshilachados y los tendones rotos, en una masa repugnante y atroz, que reposaba en el sofá, en medio de una densa humareda negruzca. La estancia toda se había visto invadida por un acre hedor a carne quemada y a sangre, a muerte y a horror.

—Dios mío... —jadeó, lívido, el jefe de seguridad, mirando con incredulidad los restos informes del hombre a quien tenía que proteger—. Ha sucedido... No tiene sentido alguno, pero ha sucedido... Ha habido una explosión... y el señor Scoffield está muerto. Pero ¿cómo pudo ocurrir? ¿Cómo?

CAPÍTULO II

VIOLENCIA ENTRE ORGÍAS

Era un lugar indescriptible, delirante.

Bajo la bóveda multicolor, de anchas franjas de vivos tonos que iban a coincidir en el remate de la cúpula de lona, una iluminación resplandeciente invadía la carpa del circo, con su anillo de arena convertido en escenario de las más insólitas y audaces escenas.

Porque aquel circo, instalado en las afueras de Hamburgo, no era un circo nada vulgar ni adecuado para niños que pretendiesen disfrutar con payasos, *poneys* y equilibristas. No, nada de eso. Es más, en su exterior, bien ostensiblemente se indicaba en carteleras y taquillas que «el espectáculo estaba rigurosamente prohibido para personas que no fuesen adultas». Por otro lado, un visible «certificado x» aparecía bajo el nombre del *show circense*, *revelando su verdadera naturaleza, muy adecuada para una ciudad tan habituada a los espectáculos «duros», como era la capital hanseática.*

Lo cierto es que en el anillo había de todo menos un programa infantil o grotescamente ingenuo. Aquello era un verdadero *show del sexo en todas sus variedades más sofisticadas y tortuosas.*

A fin de cuentas, el circo llevaba por nombre Circo de Sade, y hacía honor a su nombre. Sadomasoquismo, sexo y erotismo desorbitado, eran sus constantes. Los acróbatas actuaban en completa desnudez, los payasos eran obscenas escenificaciones de las más escabrosas situaciones, vistas con ácido humor que arrancaba la carcajada de los espectadores, y las aberraciones sexuales tenían lugar ante los ojos del divertido público, tanto en la arena como en los trapecios y las redes.

Las acomodadoras de tan insólita carpa vestían de cuero, llevaban látigos trenzados a la cintura, y bajo los casquetes de cuero

negro que cubrían sus cabezas, lucían también antifaces de ese mismo material y color, si bien ése era todo su ropaje, ya que las zonas más erógenas de sus cuerpos eran bien visibles en su desnudez, rodeadas por las correas de cuero de sus indumentarias.

Muchas de las espectadoras también lucían atavíos de cuero y máscaras, y así los espectadores, de modo impune, participaban en la orgía general, a medida que avanzaba el espectáculo, sin necesidad de dar a conocer a nadie su identidad.

Una de aquellas mujeres de senos desnudos y atavío de cuero sadomasoquista, se paseó indolentemente, exhibiendo sus largas y espléndidas piernas, de poderosos muslos, por entre los asientos que rodeaban la pista. Muchos ávidos espectadores la reclamaron a su lado, pero ella hizo caso omiso a todos, eludiendo hábilmente sus manos acariciadoras.

Finalmente, se fijaron sus ojos, de un azul intenso, en el hombre sentado en primera fila, junto a unos asientos vacíos. A través del negro antifaz de cuero, las pupilas femeninas brillaron, no se sabía si excitadas o curiosas.

El hombre era todo un ejemplar también. Alto, atlético, de poderosos músculos, realzados por correas de negro cuero reluciente, atavío de charol con remaches de metal plateado, cabello crespado, rígido y brillante, peinado hacia arriba, como si una invisible vorágine lo aspirase verticalmente... y teñido de verde oscuro.

En el rostro enmascarado, lucía dos lunares postizos, y llevaba los labios pintados. En su mano sostenía, indolente, un grueso látigo, sujeto a su muñeca por una correa de seguridad, provisto en su extremo de pinchos de acero, capaces de desgarrar la carne al más pintado. Su aspecto era el de un Hércules amanerado y ambiguo. Un anillo de plata, sujeto a su oreja derecha, a modo de colgante, completaba tan estrafalario y significativo indumento.

Ella se sentó a su lado, cimbreando su cintura y caderas de modo insinuante.

—Hola, guapo —saludó en voz alta, en perfecto alemán.

—Hola —contestó él en el mismo idioma, mirándola entre despectivo e indiferente—. ¿Seguro que no te equivocas de tipo?

—Seguro. Me gustan las cosas difíciles —rió ella, desdeñosa.

—Pues conmigo lo tienes claro —rezongó el otro, echándose a

reír con una carcajada femenil, que hizo girar la cabeza a varios vecinos de asiento, no menos extravagantes ni ambiguos, entremezclados con hombres velludos que dedicaban su atención a mujeres de aire sofisticado y frívolo.

—Es igual —dijo ella—. Lo intentaré, cariño. ¿Te gusta el espectáculo?

—¡Psé...! —El hércules gay hizo un gesto de aburrimiento—. Siempre es lo mismo...

—¿Qué esperabas? ¿Nuevas técnicas?

—¿Por qué no? Dicen que el sexo es algo que no tiene límites imaginativos.

—Pues los tiene, te lo aseguro yo. Todo está ya descubierto —contemplaron con aire distraído las evoluciones de una Blancanieves desnuda y exuberante, rodeada por siete enanos grotescos y de obscena desnudez, que la perseguían con sus herramientas de trabajar en la mina, cantando baladas soeces, que causaban el regocijo de la concurrencia. Todos sabían cómo iba a terminar el *sketch*, pero eso no parecía preocuparles demasiado para seguir sus peripecias con deleite.

—Y bien —dijo de repente en voz baja el Hércules—. ¿Qué esperas de mí, preciosa?

Hizo la pregunta con lentitud, parándose en cada palabra. Ella giró la cabeza. Le miró, apoyando una mano manicurada en sus poderosos bíceps, que acarició lentamente.

—Espero tu ayuda de amigo —dijo, también muy lenta, pausada y sin desviar sus ojos azules del hombre de pelo verde y grotesco.

—Ya —asintió él—. La tendrás.

Le rodeó el cuello con un brazo. La besó en los labios. Acarició sus senos descaradamente. Nadie les hizo el menor caso en las demás filas de platea. Cada uno terna bastante con sus propias cosas. En la escena. «Blancanieves» acababa de eludir otro acoso masivo de los libidinosos enanos, y cantaba algo increíble con bella voz de soprano.

Con sus labios pegados a los de ella, siguió hablando:

—Su nombre.

—Ingrid Kuntz. ¿El suyo?

—Karl Dietrich.

—¿Clave?

—Los Verdugos Negros. ¿Su clave?

—Los Siete.

—Siga —continuó como si besara aquella boca voluptuosamente. Y ella también.

—Me envían ellos. Confirmamos oferta. Un millón de dólares por salvar sus vidas.

—Sólo podemos intentar salvar seis. Uno ya no existe.

—Cierto. Kurt Scoffield fue asesinado.

—Lo sé. Voló en pedazos dentro de su propia casa, rodeado de gente armada de la mayor confianza.

—Así es —afirmó ella en un susurro.

—¿Cómo pudo suceder?

—Una cápsula de gelatina con un explosivo concentrado, un derivado de la nitroglicerina, muy sofisticado. La gelatina era de acción retardada. Cuando se disolviera y el explosivo fuese atacado por los ácidos estomacales, se inflamaba y producía la explosión.

—Ya entiendo. ¿Lo ingirió en la comida?

—Así es. Era muy puntual en sus comidas. Cenó a las nueve. A las tres horas justas, actuaba el explosivo. Llevaba ya la muerte consigo sin saberlo, cuando se encerró rodeado de tantas medidas de seguridad. La cápsula era indetectable, dentro de una empanada de carne.

—Muy inteligente. ¿Siguen creyendo que son terroristas?

—No lo creemos. Lo sabemos. Es una organización multinacional, con distintas ramificaciones. La llaman NEWO.

—New World —asintió el hercúleo gay—. La conocemos.

—¿Usted es uno de los Verdugos? —se interesó ella.

—Sólo un emisario. Como usted. ¿Qué relación tiene con los Siete?

—Gozo de su confianza. Me eligieron por unanimidad, tras una reunión de emergencia. Quieren saber si aceptaba su grupo protegerlos, y cómo hacerlo.

—Lo haremos por ese millón de dólares. ¿Cuándo lo pagan?

—De inmediato. Hay una transferencia bancaria en curso. Sólo tienen que darnos el nombre de su destinatario. En una hora recibirán el dinero.

—Muy bien. Está aceptado.

—¿Cómo piensan empezar a ayudarles? Ellos están asustados.

Existe otra amenaza sobre ellos. Sobre los seis.

—¿Qué clase de amenaza?

—Tienen sólo dos días para pagar los siete mil millones solicitados. Si no lo hacen, otro morirá. Y la suma solicitada subirá a diez mil millones, a pagar entre los cinco supervivientes. Y así ya de modo sucesivo.

—¿Se sabe quién es el próximo marcado para morir?

—Sí. Ellos no se ocultan. Tienen la osadía de anunciar siempre al que eligen.

—Osadía y seguridad en sí mismos. ¿Quién es él?

—Hideki Mitusho, nuestro socio japonés. Controla casi todas las multinacionales de electrónica del Japón...

—Lo suponía —sonrió irónico el falso gay, sin dejar de acariciar aquel cuerpo turgente con el aire de indolencia con que lo harta un tipo al que no gustan en exceso las mujeres—. ¿Nadie sabe nada aún sobre esa nueva amenaza?

—Nadie, salvo ellos seis y yo. Saben que es inútil recurrir a la policía. Mitusho ha elegido ya su escondrijo y su gente de confianza, pero tememos que se repita lo sucedido con Scofield, de alguna otra ingeniosa e insospechada forma. Esos terroristas son muy astutos.

—Y muy eficaces —ponderó fríamente el hombre de charol—. Ya hemos establecido contacto en lugar seguro para ambos, según convinimos. Éste es un lugar asqueroso, pero válido para un encuentro así.

—Admito que es ingenioso. Y su disfraz no tiene desperdicio, Dietrich. Aunque sospecho que ése no es su nombre. Usted habla muy bien el alemán, pero no es alemán.

—Usted tampoco creo que sea la fiel amiga de los Siete, llamada Ingrid Kunt —rió él, besando ostentosamente los senos turgentes de su pareja a ojos de todo el mundo, mientras los impúdicos enanos ya acorralaban a «Blancanieves» cerca de ellos.

—¿Ah, no? —Ella enarcó sus cejas tras del antifaz de cuero negro que daba a su rostro un aire felino e inquietante—. ¿Quién, entonces?

—Marlene Brügel en persona —rió el falso gay—. Una de los Siete, la gran financiera alemana.

—¿Cómo ha podido pensar...? —comenzó ella.

—Del mismo modo que lo sospecha alguien más —avisó con repentina tensión en su voz el enmascarado del pelo verde—. Por ejemplo... «Blancanieves» y sus siete enanitos, querida.

Ella se sobresaltó. Pero el extraño personaje del cabello verde tenía razón. De repente, ni la desnuda y exuberante «Blancanieves», ni sus siete enanos monstruosos, parecieron interesarse en absoluto por su papel en la pista, concentrando su atención en la pareja sentada en la primera fila. Y la suya no era, por cierto, una atención amistosa ni divertida.

Las herramientas mineras de los enanos habíanse convertido de repente, mediante una rápida metamorfosis al dismantelarlas de falsas piezas, en tubos metálicos que apuntaron hacia los dos. La procaz «Blancanieves», por su parte, se arrancó los negros y rizados cabellos, para dejar asomar bajo los mismos un casquete de pelo rubio, muy apretado, y lanzó la peluca contra la pareja.

Rápido como una centella, ya el llamado Dietrich había saltado de su silla, tirando consigo de la alemana con una fuerza física increíble. Apenas hubieron dejado sus asientos, éstos se hicieron pedazos, al estallar sobre ellos algo que contenía la peluca, y que incendió con facilidad la madera astillada por la onda expansiva. Simultáneamente, los tubos de los enanos comenzaron a despedir llamaradas y proyectiles sibilantes, que se clavaron en las incendiadas sillas vacías... y algunos vecinos de asiento, que emitieron horribles gritos de dolor, antes de ser mortalmente abatidos.

Una repentina confusión se había apoderado de toda la carpa ante los sucesos increíbles que tenían lugar en la primera fila de pista, y los espectadores corrían hacia las salidas, sin saber exactamente qué estaba ocurriendo.

La alemana se vio arrastrada por su compañero entre los asientos, eludiendo el ataque masivo de los enanos, mientras «Blancanieves» escapaba a la carrera hacia el fondo de la pista, intentando desaparecer por la puerta de entrada y salida de las atracciones.

En ese momento, muchas más cosas comenzaron a ocurrir bajo la lona multicolor, sembrando todavía más la confusión entre los presentes. Como murciélagos asombrosos, que emergieran de la propia cúpula del circo, dos figuras vestidas también de cuero

negro, y que hasta entonces habían estado practicando saltos y piruetas en los trapecios, descendieron veloces mediante las cuerdas de los trapecios, cayendo ante la fugitiva.

Ésta emitió un rugido, contemplando a las dos figuras, indudablemente femeninas, con gesto crispado y furioso. Se arrancó una pulsera, su única prenda sobre el cuerpo en estos momentos, para arrojarla sobre las dos mujeres enmascaradas y de negras ropas sadomasoquistas, con un gesto de ira.

No llegó a hacerlo. Una de las figuras que descendiera de la cúpula, empuñó una pequeña pistola, surgida de entre sus ropajes ceñidos a la escultural figura de piel bronce oscuro. Esa pistola vomitó una llamarada rugiente.

La opulenta «Blancanieves» lanzó un alarido, su cuerpo se vio envuelto en llamas, y se agitó por la pista, como una antorcha humana, prestando al *show circense un nuevo y espectacular número de trágicas características*.

Los enanos se volvieron, al ver arder a su compañera, y trataron de atacar ahora a la pareja de mujeres llovidas del cielo. Pero ambas dispararon sobre ellos, y las llamas se propagaron también a sus ropas, mientras el supuesto Dietrich conducía a la alemana fuera del circo, tarea en la que se vio repentinamente interrumpido por tres acomodadoras de atavío de cuero y antifaces, que le cerraron el paso con evidente belicosidad.

No llevaban ahora sus látigos negros, sino armas amenazadoras y mortíferas. El hércules de pelo verde miró con ojos helados sus manos enguantadas, en las que empuñaban unas cortas metralletas de peculiar modelo ligero. Rápido, alzó su látigo, mientras su pareja gritaba asustada, temiendo morir.

Sorprendentemente, el látigo del hombre se convirtió en dos piezas apenas tomó la posición horizontal. Su trenzada correa culebreó en el aire, desprendiéndose del mango, y dirigiéndose vertiginosa hacia las tres hembras amenazadoras, despidiendo por cada uno de sus pinchos de acero un raro destello luminoso.

Aun antes de alcanzarlas, gritaron ellas, aterrorizadas, soltando sus armas como si una invisible fuerza poderosa se las arrebatase. Los destellos de los pinchos de acero del extraño látigo se concentraban en ellas. Y amplias quemaduras aparecían en su piel, en sus senos y rostros, o hacían arder el cuero, pegándolo a la piel,

convertido en una materia ardiente, abrasadora. Las tres mujeres cayeron de rodillas, gesticulando de dolor.

En ese instante, desde un estrado, un hombre enmascarado, también ataviado con cuero, pero de color rojo, apuntó hacia la pareja con un chato fusil de mira telescópica. Restalló una detonación. El hombre cayó pesadamente a la platea, estrellándose en las sillas. Le habían volado el cráneo de un balazo.

El llamado Dietrich buscó la mirada al autor del providencial disparo. Sonrió al descubrirlo, erguido en la plataforma de músicos, mientras éstos se dispersaban aterrorizados, y fuera de la lona se empezaban a escuchar sirenas de la policía de Hamburgo.

En la pista, mientras tanto, el último enano caía, bajo el ataque de las dos mujeres caídas de la cúpula, que se apresuraron a saltar ahora hacia la platea, dirigiéndose hacia donde desaparecían Marlene Brügel y su misterioso acompañante.

Cuando la policía llegó al recinto del Circo de Sade, yacían en la pista una obscena «Blancanieves» y unos procaces enanos, sin vida, abrasados por un arma extraña y letal, tres mujeres enmascaradas gemían retorciéndose de dolor, con pechos, brazos, piernas y rostros cubiertos de llagas y quemaduras, y un hombre yacía sin vida entre las sillas de pista, con un balazo en la cabeza.

Pero de los cuatro luchadores y de la alemana componente de los Siete, ni el menor rastro...

CAPÍTULO III

MIEDO PARA MAGNATES

—No puedo comprenderlo... ¿Qué sucedió realmente en aquel horrible lugar de pesadilla?

—Es fácil de explicar —sonrió con dureza su interlocutor, despojándose con lentitud de los falsos lunares, del pendiente y de la peluca de inverosímil peinado de verdes cabellos. Bajo todo ello, asomó un aspecto mucho más varonil y normal, que los afeites habían alterado sorprendentemente—. Ellos sabían que íbamos a encontrarnos en el circo esta noche.

—¿Ellos?

—Los terroristas, claro está. De alguna forma, se informaron de nuestros planes. Nos vigilaban, y estaban prestos a caer sobre nosotros. No resulta difícil suponer que aquella «Blancanieves» y aquellos enanos no eran los habituales de la función, y que habrían sido sustituidos por un comando especial de asesinos de NEWO. Lo mismo que las tres acomodadoras y el empleado del rifle telescópico que abatió mi compañero.

—Su compañero... —Marlene Brügel miró alternativamente a las otras tres personas que ocupaban aquella cabina de un camión ahora en marcha por las autopistas de la Alemania Federal, bajo el camuflaje de una empresa conocida de transportes, y que en realidad no era sino un alojamiento rodante, con todas las comodidades—. De modo que ustedes también tomaron sus precauciones...

—Siempre lo hacemos —rió el llamado Dietrich, limpiándose de maquillaje el rostro. Lo único que no era ficticio en su aspecto, evidentemente, era su poderosa y elástica musculatura—. Créame, si no fuera así, nuestra existencia hubiera sido más bien corta,

señorita Brügel.

—Al menos, me gustaría saber su nombre también —objetó ella, sonriendo.

—El mío, Dexter Malone —explicó él, tendiéndole su mano—. Ellos son mis más directos colaboradores: la muchacha de color, Lena James. La rubia, Lucy Dehner. Y él, mi camarada Clyde Walker.

—¿Los... los Verdugos Negros? —sugirió ella, con cierta timidez.

—Eso es.

—¿Sólo ustedes cuatro? —Ella pareció repentinamente defraudada.

—Cuatro que valemos por cien —suspiró Cliff Darby, el hombre que perdiera a su esposa e hijo tiempo atrás, en un atentado terrorista, y que ahora era Dexter Malone, cabeza de los Verdugos Negros—. No tema. No somos fáciles de vencer.

—Ya lo vi esta noche. Pero la batalla pudo haber tenido otro final peor...

—Pero no lo tuvo. Y eso es lo que cuenta. Ahora, discúlpeme. Voy a cambiar de indumentaria. Me siento incómodo así. Si lo desea, puede elegir también alguna ropa de Lena o de Lucy. Tenemos aquí un guardarropa completo. Supongo que tampoco acostumbra a ir así vestida por el mundo —concluyó, riendo.

Marlene Brügel, la joven y atractiva financiera, recordó cuál era su aspecto en esos momentos, con los senos desnudos, y se los cubrió con ambas manos, algo cohibida. Lena y Lucy se echaron a reír de buena gana, yendo hacia ella.

—Vamos, vamos, no tiene de qué preocuparse —dijo la mujer de color—. Todos teníamos que formar parte de la farsa de ese horrible circo, puesto que habíamos decidido que la reunión fuese allí.

—Nosotros pensamos que era un lugar idóneo para no ser descubiertos ni vigilados... —se lamentó la alemana—. Y nos equivocamos totalmente...

—Mucho me temo que nada de lo que ustedes hagan, pase inadvertido a los miembros de esa organización —hizo notar Dexter Malone, ya junto a la puerta de una cabina inmediata—. Yo también pensé que ese repugnante antro de vicio y sexo desenfrenado sería un buen sitio para nuestro encuentro. Fue un error mutuo. La próxima vez, creo que contactaré con alguien en

Disneylandia. Aquel lugar me revolvió las tripas.

—Eres un puritano moralista, Dexter —rió Clyde Walker con buen humor, despojándose de su propia máscara, que reveló un rostro juvenil, simpático, con una leal mirada de sus ojos grises.

—Tal vez —gruñó Dexter, antes de meterse en su cabina a cambiarse de ropas—. Pero me pregunto adónde va el mundo con cosas como ésa. Entre la violencia y el sexo, estamos haciendo de él un lugar inhabitable, que ni siquiera merece sobrevivir.

Cerró tras de sí con energía. Marlene Brügel se quedó mirando con curiosidad hacia aquella puerta. Clyde se excusó, yendo en pos de su compañero. Al quedarse solas las tres mujeres, Lucy Dehner fue hacia la alemana, invitándola:

—Vamos, elija lo que quiera del guardarropa, señorita Brügel. No serán los modelos costosos que una mujer de su condición suele llevar, pero podrá salir de aquí con unas ropas más adecuadas...

—Mi querida amiga, no tengo tiempo ni siquiera de vestir modelos lujosos —suspiró la bella alemana, comenzando a despojarse de sus ropas de cuero—. Mi padre, al morir, dejó en mis manos más de cien negocios, algunos de ellos multinacionales, y demasiadas preocupaciones y trabajo como para pensar siquiera en que soy una mujer, un ser humano, y en la vida hay que hacer algo más que amasar dinero. En medio de todo, esta escapada, fingiendo ser Ingrid Kuntz, hubiera sido divertida, de no ocurrir todo lo que ocurrió en aquel horrible circo...

—Si está mucho tiempo cerca de nosotros, acabará encontrando divertido incluso eso —sonrió a su vez Lena James, que tras su máscara de cuero reveló un rostro de mulata, hermoso y de suaves facciones, un cabello afro y una expresión decidida y enérgica, que endurecía en cierto modo su suave belleza exótica. El cuerpo, era una auténtica escultura en bronce oscuro, desde las largas piernas de torneados muslos, hasta los senos erectos y vibrantes, pasando por sus sinuosas caderas y sus agresivas nalgas.

—¿Es posible que dos mujeres como ustedes, puedan estar en una tarea semejante? —se asombró Marlene—. Parece imposible que formen parte de un grupo que se juega la vida a cada instante...

—La vida no tiene ya demasiado valor para nosotras —suspiró Lucy Dehner con repentina amargura ensombreciendo sus ojos pardos y atractivos. Se peinó pensativamente con los dedos su largo

cabello dorado, y movió la cabeza—. Yo perdí a mis padres y hermanos por culpa del terrorismo, iba a suicidarme cuando conocí a Dexter Malone. Él me dio un motivo para vivir: la venganza. Devolver golpe por golpe a esos miserables. Y eso es lo que hago desde entonces. Cuando me maten, si lo logran alguna vez, no habré perdido mucho. Ya estaría muerta, de no ser porque Dexter me prestó una razón para vivir.

—A mí me sucedió algo parecido —terció roncamente Lena James—. Toda mi familia fue masacrada en un aeropuerto, cuando un comando terrorista abrió fuego con metralletas, a mansalva sobre la multitud, causando más de cien muertos, y escapando luego en un avión que secuestraron. Dentro de ese avión, asesinaron a media tripulación cuando lograron tomar tierra en un aeropuerto africano, para terminar escapando gracias a la complicidad de un gobierno de aquel continente donde se instruyen y ejercitan los asesinos de medio mundo, agrupados bajo las siglas más diversas, pero que en el fondo defienden una misma cosa: el pánico colectivo de la sociedad, el exterminio de todo lo establecido, el caos y el miedo, la muerte y la destrucción, como armas favoritas de su doctrina de odio.

—Comprendo —susurró Marlene Brügel, impresionada—. Todos tienen un motivo para esta lucha...

—Sí, todos. Clyde fue secuestrado por un comando, en cierto país, junto con sus dos hijos y su mujer. Su familia es muy rica. Pagó un cuantioso rescate. Pero aquellos miserables, al devolverles a la familia, asesinaron previamente a su esposa e hijos, dejándole a él malherido. Se salvó de puro milagro. Tiene el cuerpo lleno de cicatrices de bala. Pero sobrevivió, y ha dedicado su vida a esta causa.

—¿Y... Dexter Malone? —indagó ella.

—Ni siquiera se llama así. Nunca nos dijo su nombre, ni se lo hemos preguntado. Desea olvidar el pasado. Un día, rompió con todo lo que había sido su vida hasta entonces, a causa de una pérdida terrible. Pero no le pregunte nunca por ello. No desea revelarlo a nadie, y respetamos su silencio, aunque imaginamos que su historia personal no diferirá mucho de la nuestra. Ahora, ya sabe algunas cosas sobre nosotros, señorita Brügel. Y ya sabe por qué no nos importa demasiado morir...

—Sí, creo que sí. Supongo que aquel que no da valor a su vida ni teme a la muerte, es capaz de muchas más cosas que los restantes humanos. Les admiro a ustedes, y empiezo a creer que son capaces de todo.

—De todo, no. Nos enfrentamos a un poder mundial sin límites, oscuro y terrible, como usted sabe. Hemos ganado muchas batallas. Y hemos perdido otras. Ésta es, quizás, la primera ocasión de enfrentarnos directamente a una rama poderosa del terror mundial, como es NEWO, de cuyas doctrinas dependen tantas y tantas organizaciones dispersas por el mundo. Una victoria en este caso, significarla mucho. Tal vez el principio del fin para el terrorismo internacional...

—Dios quiera que sea así —suspiró Marlene—. Ahora, por favor, veamos esas ropas que pueden ofrecerme, amigas mías...

Los periódicos de Hamburgo, y de toda la República Federal en concreto, no dieron demasiada publicidad a los trágicos sucesos del Circo de Sade, en Hamburgo.

Pero a través de las noticias, se supo que las tres únicas personas halladas con vida tras ellos, tres mujeres con diversas quemaduras graves en su cuerpo, se habían suicidado mediante cápsulas de veneno insertas en su dentadura, al ser conducidas al hospital por la policía hanseática. De modo que no había nadie con vida para declarar qué es lo que había ocurrido en la carpa aquella noche.

La auténtica «Blancanieves» y los siete enanos que representaban con ella tan edificante número, fueron hallados cautivos en un recinto próximo al circo, así como tres acomodadoras y un empleado del espectáculo, que suplantarán otros desconocidos personajes, ahora en la Morgue. Sus declaraciones no aportaron ninguna luz.

Habían sido capturados por gente armada y encapuchada, siendo reducidos y conducidos adonde fueran hallados posteriormente por la policía. Era cuanto sabían.

—Por fortuna, caballeros, nuestra amiga la señorita Brügel salió con vida de esa mortal emboscada, tan ingeniosamente preparada en Hamburgo contra ella y contra el enlace de los Verdugos Negros —informó escuetamente Abraham Rosebud, al término de su informe en aquella reunión a la que sólo asistían cuatro de los siete iniciales miembros de la poderosa sociedad multinacional formada

por las personas más ricas del mundo.

—¿Cómo pudo suceder eso? —protestó el francés Jean Paul Sorel, vivamente—. ¿De qué modo se enteraron los terroristas de esos planes?

—Lo ignoramos —suspiró Rosebud, meneando la cabeza—. Lo único cierto es que sabían perfectamente lo que íbamos a hacer unos y otros.

—Eso quiere decir que se nos vigila muy de cerca, que nuestros pasos son vigilados —terció, con gesto de preocupación, Brian Hawthorne.

—¿Y por qué no son ellos, los vigilados? Me refiero a esa gente a quien hemos recurrido, a los Verdugos Negros —apuntó el americano Bellamy.

—No creo que sean esos exterminadores de terroristas los que estén vigilados tan de cerca como todo eso —mostró Sorel su escepticismo—. Apenas si nadie sabe nada de ese grupo. En cambio, sí estamos bien enterados, por desgracia, de que nuestros movimientos y decisiones son perfectamente conocidos por la organización NEWO.

—Admito que podamos tener una serie de espías en torno nuestro, formando parte incluso de nuestras propias personas de mayor confianza, Sorel, pero ¿cómo explicar que algo que *sólo* nosotros seis conocemos, haya llegado a conocimiento de esos canallas, sabiendo como sabemos que se llegó a tal acuerdo secretamente, en un recinto donde era materialmente imposible situar micrófonos o cámaras ocultas? —razonó gravemente Abraham Rosebud.

—Por eso sugerí que la filtración o la imprudencia podía provenir de ellos, de esa gente a quien vamos a confiar nuestra seguridad personal a cambio de un millón de dólares —insistió Troy Bellamy.

—Todo es posible, lo admito —terció de nuevo Brian Hawthorne, con su característica flema británica, pasándose nerviosamente sus delgados dedos por los blancos y ondulados cabellos—. Pero quizás uno de nosotros, cualquiera de los seis, pudo cometer un error, una imprudencia, que pusiera la información en manos de nuestros enemigos.

—Personalmente, lo dudo mucho —rechazó Bellamy—. Sabemos

lo que nos estamos jugando en el envite, y que no hay lugar para la imprudencia.

—Aun así, siempre pueden cometerse, aun sin darse uno cuenta, Bellamy —objetó Hawthorne.

—¿Qué pretendes sugerir con eso? —se interesó vivamente Sorel.

—Nada especial. Pero imaginemos que, sin apenas damos cuenta, hablamos de ello con un familiar, comentamos algo, por leve que sea, con uno de nuestros socios o colaboradores más íntimos... o se nos escapa en sueños, estando en compañía de una mujer que no es nuestra esposa —sonrió maliciosamente—. No me digan que todos nosotros somos santos. Bastará con que uno, uno solo de nosotros, eche una cana al aire o se reúna con su amaneer de turno en el nido de amor habitual, para que el riesgo de hablar dormido, o incluso el sufrir durante el sueño los efectos de una droga como el pentotal sódico, pongamos por caso, o bien cualquier otro «suero de la verdad», mucho más sofisticado, proporcione al enemigo la información precisa, con todo lujo de detalles.

—Ésa sí es una posibilidad muy razonable —afirmó Sorel, con énfasis.

Bellamy inclinó la cabeza, con un resoplido.

—Personalmente, no tengo amante alguna —confesó con sequedad.

—No se trata de que usted la tenga o no, Bellamy —se irritó ahora el francés—. Yo admito que tengo no una, sino varias. Y pude cantar de plano con cualquiera de ellas.

—Ah, Sorel, *toujours l'amour* —rió con cierto sarcasmo Hawthorne en ese momento—. Y *toujours la France*, ¿no?

—Sí, ya sabe el viejo refrán: *cherchez la femme* —sonrió Jean Paul Sorel de buen humor—. Pero no estamos aquí para bromear, mi querido Hawthorne. Esto es demasiado serio. Hemos llegado a la conclusión de que, humanamente, es posible cometer ese error aun sin saberlo. Creo que mientras durase esta situación, tendríamos que sacrificarnos todos un poco y no correr riesgos con amantes ni personas desconocidas.

—Si vamos a eso, Sorel, incluso la esposa de uno podría ser quien nos sonsacara una verdad que no le decimos, y no sólo por traición, sino porque durante sus horas fuera de casa, hubiera sido

víctima de alguna sofisticada droga que la convirtiese en dócil sierva del enemigo. Recuerde que los «lavados de cerebro» existen desde hace mucho tiempo, y hay gente que es muy experta en tales métodos...

—Si llevamos las posibilidades a ese terreno, caballeros, ya no quedaría nada seguro, ni nosotros mismos —se irritó Bellamy, dando un puñetazo en la mesa, con su rostro de rico tejano congestionado—. ¿Por qué no se le ha ocurrido, Hawthorne, a su retorcida mente británica, que incluso uno cualquiera de nosotros podría estar hipnotizado a distancia y revelar en la primera cabina telefónica que encontrásemos a mano, a un vulgar interlocutor, todo cuanto constituye el más alto secreto para proteger nuestras vidas?

—Creo que estamos ya sacando de quicio las cosas, señores —terció Sorel, alzando un brazo—. Hablamos de posibilidades teóricas, no de ciencia-ficción.

—Se asombraría de lo mucho que se parece la realidad de hoy a la ciencia-ficción, amigo mío —sonrió Bellamy con un gruñido.

—Es posible, pero según eso... ¿por qué no apelar a una solución mucho más lógica y natural, que no necesita de tales retorcimientos? —Habló Abraham Rosebud suavemente, mirándoles a los tres y entrelazando suave y calmamente sus dedos de una y otra mano, sobre la mesa—. ¿Por qué rió hablar de *traición*?

—¿Traición? —Hawthorne pegó un respingo y se volvió hacia el presidente de la asamblea—. ¿Qué quiere decir?

—Sencillamente eso: uno de nosotros podría ser un traidor y estar vendiendo todos los secretos al enemigo —explicó suavemente el hebreo.

—¡Eso es absurdo! —clamó Bellamy, congestionado—. ¿Por qué habríamos de hacer ninguno de nosotros semejante cosa, Rosebud?

—Muy sencillo: porque cuando constituimos esta sociedad los siete, firmamos un documento que tal vez todos recuerden bien: nos comprometíamos, en caso de fallecimiento de algún miembro de la sociedad, a unir sus fondos personales de asociado a los de todos nosotros, para reparto de beneficios entre los que sobreviven.

—Eso es monstruoso, amigo mío —objetó Sorel—. ¿Quién podría tener interés en traicionar a los demás por una suma que, en definitiva, no significa apenas nada para cada uno de nosotros?

Aunque muriesen cinco de ese grupo y quedaran solamente dos miembros, ¿cuánto se repartirían del fondo común social, en el que no entran los bienes de sus empresas, lógicamente? No más de quinientos o mil millones de dólares. Si los ganamos en un solo año de trabajo, ¿por qué llegar a tal extremo para deshacerse de un grupo de socios que nos son necesarios para ganar aún más dinero?

—No he dicho que exista esa traición —suspiró Rosebud—. Simplemente, que sería tan factible o más que todas las delirantes teorías que aquí se han mantenido hoy. Y por tanto, ¿no será mejor que hablemos de nuestro común amigo Mitusho, que estará ahora mismo en su tierra, esperando el momento señalado por esos asesinos para terminar con su vida, como terminaron con la de Scoffield?

—Sí, supongo que eso sería mucho más razonable —admitió Hawthorne, sombrío—. ¿Green que puede resultar de nuevo un audaz golpe de NEWO sobre el segundo condenado?

—Todos sabemos que es muy posible, sí —dijo roncamente Sorel—. De ahí que, admitámoslo o no, caballeros... todos tenemos miedo. Mucho miedo...

Evidentemente, en ese punto todos estaban tácitamente de acuerdo, porque no hubo una sola objeción al comentario de Jean Paul Sorel, el magnate de las finanzas y la industria francesas...

CAPÍTULO IV

LA MUERTE QUE LLEGO DEL CIELO

Había un profundo silencio en el templo a aquellas horas.

La gigantesca imagen de Buda, alumbrada por los aromáticos pebeteros, se erguía, sonriente y afable, en el fondo de la vasta sala de columnas de la pagoda. Los monjes se deslizaban con pasos silenciosos, de camino a sus respectivas celdas en el interior del recinto religioso. Cabezas rapadas, caperuzas amarillas y hábitos budistas eran como sombras en la penumbra mágica del recinto religioso japonés, erguido en lo alto de aquella suave colina próxima a Kioto, coronada casi todo el año por la blanca cresta de la nieve.

El aire perfumado poseía un halo de religiosa quietud y sosiego que parecía contagiarse a los hombres, haciendo de ellos almas en movimiento silencioso, sombras vagas que se deslizaban sobre el pavimento de espejeantes baldosas como si fuesen vagos fantasmas.

Sin embargo, un buen observador se hubiera sorprendido de ciertas cosas, poco acordes con el carácter esotérico del lugar, de haberle sido posible adentrarse en el ya cerrado recinto, y vigilar de cerca a los monjes que se dirigían a las celdas que constituían su alojamiento habitual.

Porque algunos de esos monjes, bajo su hábito amarillo, llevaban algo tan poco reverente como... armas de fuego.

Sofisticadas, silenciosas y achatadas armas de fuego, provistas de tubos silenciadores, y prestas a entrar en acción cuando fuera preciso. Uno de los monjes, un japonés de caperuza amarilla echada sobre el rostro, que cubría su cráneo por completo, aparecía, extrañamente rodeado por los demás religiosos, como si éstos formasen en torno suyo un cerco protector, a toda prueba.

De ese modo, el religioso de la caperuza abatida sobre su faz, llegó ante la puerta de una celda en particular, y antes de entrar en ella, fue revisada minuciosamente por tres de aquellos armados monjes. Tras dar el visto bueno, el otro fue autorizado a pasar, pero rodeado por cuatro hombres con sus armas en ristre bajo las túnicas amarillas. Los rostros de piel aceitunada y ojos oblicuos, escudriñaban las tinieblas en torno, a la expectativa.

Uno indicó en japonés al ocupante de aquella celda:

—Puede estar tranquilo, señor Mitusho. No hay problemas. Está seguro y a salvo.

—No sé... —gimió la voz bajo la caperuza—. También Scofield estaba a salvo y...

—Esté tranquilo —le aseguró el monje que capitaneaba al grupo armado—. Nada va a sucederle aquí.

La puerta se cerró tras el monje y sus cuatro acompañantes. Era una hoja aparentemente de madera, como las de las demás celdas. Pero de existir ese teórico observador minucioso, hubiera descubierto con sorpresa que la tal puerta estaba formada por dos planchas de madera a ambos lados... y una más recia, de metal, intercalada entre ellas, blindando así la entrada sólidamente.

El corredor del templo se convirtió en una zona intensamente protegida por los supuestos monjes, provistos de armamento moderno y altamente tecnificado, de tal modo que parecía imposible que ningún peligro pudiese acechar al hombre encerrado en la celda de máxima seguridad dispuesta al efecto en el retirado monasterio budista de aquella región japonesa.

Sin embargo...

Sin embargo, el peligro acechaba en mucha mayor medida de lo que cualquiera de los allí dispuestos podía imaginar. Las extraordinarias medidas de seguridad, aparentemente invulnerables, iban a probar bien pronto que no lo eran tanto.

Bastó que transcurrieran no más de dos horas de aparente calma y quietud en el interior del recinto religioso que, a su vez, era protegido desde el exterior por otro grupo de hombres armados, apostados entre la espesura y en las columnas de acceso a la pagoda.

Todo comenzó con la aparición en el cielo de un helicóptero volando a considerable altura Ronroneó sobre la colina nevada,

desapareciendo en la distancia, entre unas densas nubes que velaban el celaje nocturno.

Minutos más tarde, el helicóptero regresó. Y volaba con un extraño silencio, sin apenas producir ruido sus hélices. Estaba pintado su fuselaje de un sombrío color gris oscuro, que le hacía confundirse prácticamente con la oscuridad de la noche. Sobrevoló los tejados superpuestos de la pagoda, y descendió lentamente. Algún sistema especial silenciador, redujo a nada el ronroneo de su motor y el giro helicoidal. Desde el asiento inmediato al piloto, unos ojos astutos y fríos estudiaron el edificio budista. Una mano enguantada accionó la palanca de un artefacto situado a sus pies, una especie de caja negra alargada, provista de varios salientes cilíndricos, que recordaban a las viejas ametralladoras de varios cañones.

De cada uno de esos cilindros, brotó un silencioso proyectil, que perforó la oscuridad nocturna en trayectoria diagonal, directo hacia la pagoda. No despidió llamarada ni sonido el artefacto lanzador. Solamente un sonido sordo, sibilante, acompañó a los diversos proyectiles que volaban en la noche hacia la pagoda budista.

No obraron, ciertamente, como proyectiles vulgares. No hicieron impacto en parte alguna al terminar su trayecto. Por el contrario, comenzaron a zumbear en el aire, como gruesos abejorros de negro metal, buscando algo. Parecían actuar como movidos por un impulso interior, liberados del inicial que los proyectara a tierra desde el aire.

Eran proyectiles *inteligentes* de un nuevo y sofisticado modelo. Proyectiles capaces de elegir y buscar el blanco para el que habían sido creados, gracias a diminutas e independientes memorias electrónicas, debidamente programadas.

Varios de aquellos proyectiles penetraron por rendijas inverosímilmente pequeñas e invisibles en la oscuridad, que daban acceso al interior del templo. Zumbando tenue, apagadamente, se movían en la oscuridad con total independencia, accionada por su microsistema autónomo.

Los hombres apostados en el corredor, tuvieron la más ingrata de las sorpresas cuando uno de aquellos proyectiles penetró en la zona de celdas. Giraron la cabeza los monjes de amarillo armados hasta los dientes, tratando de averiguar cuál era la procedencia de

aquel sonido sibilante que se acercaba a ellos, como un zumbido inofensivo en las sombras del sobrio recinto.

Apenas si tuvieron tiempo de reaccionar. Gritos agudos y aterrorizados brotaron de sus bocas contraídas, a medida que el proyectil les fue alcanzando uno a uno, con fría y matemática precisión.

Porque aquel proyectil dotado de *inteligencia* electrónica de alta precisión, poseía, a la vez, varias fases para descomponer su acción mortífera. Y actuó tal y como estaba previsto que lo hiciera.

A cada impacto que realizó en el cuerpo de un vigilante armado, provocó en éste un ronco grito de dolor y unos espasmos que señalaban la agonía. Esta agonía era sumamente rápida y devastadora.

Unos instantes después, eran una decena los hombres sin vida abatidos en el corredor, ante la celda donde se encerraba el hombre a quien había que proteger.

Cada uno de aquellos hombres había recibido en su cuerpo una poderosa descarga de alta tensión, que le causó una muerte brusca y dolorosa, ennegreciendo su piel horriblemente. El proyectil, al no encontrar más blancos vivientes, fue a estrellarse contra el muro, provocando un deslumbrante resplandor azul, un chisporroteo... y el fin de sí mismo, una vez cumplida la misión aniquiladora.

Otros proyectiles penetraron por los huecos de la pagoda. Estaban también programados para matar, pero su técnica era diferente a la del proyectil inicial. Todos ellos se concentraron en la puerta blindada, como si el oculto metal de ésta les atrajese al igual que un poderoso imán.

La perforaron como si fuese de simple cartón, dejando en ella diversos orificios que hacían asemejar la vieja madera que recubría la plancha de acero, a un enorme queso de Gruyere, blando y vulnerable. Una vez dentro de la celda, donde un aterrorizado hombrecillo de piel aceitunada los vio llegar con gesto de supremo horror, confluyeron en él igual que un enjambre de abejas furiosas y asesinas.

La víctima no tuvo posibilidad alguna de sobrevivir.

En escasos segundos, estaba muerta, acribillada por aquellos proyectiles de inteligencia mecánica, programados para destruir concretamente a alguien. Alaridos de agonía y terror brotaron de

sus labios convulsos, mientras caía al suelo de la celda, cosido por la taladrante fuerza destructora de aquellos cuatro o cinco ingenios de muerte. Una vez dentro de su cuerpo, cada proyectil reventó, como las viejas y eficaces balas *dum-dum*, pero con infinita mayor potencia, causando destrozos mortales de necesidad, que acabaron con la vida del escondido en escasos instantes.

Momentos después, la tragedia había concluido.

La silenciosa muerte llegada del cielo, había arrasado todo signo de vida en la pagoda, donde los monjes —o presuntos monjes—, dispuestos para proteger una vida amenazada, yacían no lejos de su propio protegido, tan difuntos como este mismo. Víctimas de un poder mortal que no habían podido prever ni combatir.

Arriba, en el oscuro cielo de Kioto, un helicóptero gris oscuro, casi negro, sobrevoló la colina nevada, los almendros y los bellos y poéticos paisajes japoneses, alejándose del recoleto lugar donde sembrara tan eficaz y sigilosamente la más sofisticada y fantástica de las muertes.

—¿Cómo? ¿Cómo pudo suceder?

—Es un poco complicado de explicar —suspiró Cliff Darby, alias Dexter Malone para todos los que ignoraban su verdadera y original identidad—. Lo importante es que está usted a salvo, señor Mitusho.

Hideki Mitusho, magnate de la moderna industria japonesa, asintió gravemente, con gesto de honda preocupación en su pequeño rostro aceitunado. Se limpió con nerviosismo nada oriental las gafas de gruesos vidrios que habitualmente llevaba.

—Todavía no me explico cómo estoy vivo... —susurró el japonés—. De haber permanecido en aquella celda, como planeaba... ahora sería un cadáver destrozado horriblemente.

—Así es, señor Mitusho —asintió Darby—. Nadie podía escapar a esa forma de muerte imaginada por nuestros poderosos e implacables adversarios.

—¿Es posible llegar a tal sofisticación hoy en día en instrumentos letales? —Se horrorizó el magnate.

—¿Y usted lo pregunta? —sonrió tristemente Darby—. Su industria crea pequeños y complejos monstruos, señor Mitusho. La electrónica, hoy en día, es la magia blanca y negra de la Humanidad. Es capaz de llevar a un hombre a la Luna, un satélite o un cohete a Júpiter... y también es capaz de ponerse dócilmente al

servicio del crimen organizado y del terrorismo internacional, como estamos comprobando.

—Yo soy experto en esa materia, señor Malone, pero no entiendo cómo pudieron ellos...

—¿Convertir un puñado de circuitos y transistores en un arma mortífera? Muy simple: aplicándole los ingenios destructores que el avance científico ha ido perfeccionando. Una batería especial, pongamos por caso, dotada de alta tensión concentrada en un espacio increíblemente reducido, puede electrocutar a cuántos toque el proyectil que la contiene. Si ese proyectil, además, va teledirigido, programado minuciosamente para dirigirse a seres *provistos de armas de fuego*, es evidente que el ingenio, atraído por algo de esas armas, acaso el metal, acaso la propia pólvora, cumplirá la función para la que fue creado, como la cumple cualquier computadora actual. Por otro lado, si se dota a otros proyectiles de una *memoria* que les hace buscar a un hombre que lleva *oro* encima de su persona, obviamente, también cumplirá sus designios con fría eficiencia, del mismo modo que tenemos ahora en la guerra moderna los proyectiles dotados de *inteligencia* electrónica y los cohetes teledirigidos, que seleccionan el blanco sobre la marcha y pueden rectificar de ruta y *perseguir* a su blanco.

—Pero ha hablado usted de oro...

—Exacto, señor Mitusho —sonrió Darby con gesto irónico—. Es lo único especial que hay en usted y la diferencia de otros muchos hombres. He observado que lleva varios dientes y muelas de oro. Y sus gafas llevan un filamento de oro en su montura, como detalle de lujo. También luce usted un grueso anillo de ese metal. Todo eso se lo facilitó a su «doble» cuando fue encerrado en la pagoda, tras advertirle yo del peligro que suponía seguir el plan previsto de antemano. Lo que no se me ocurrió es que precisamente esos detalles de oro iban a significar la muerte de un pobre diablo elegido para suplantarle y desorientar al enemigo. No se pasó por mi mente que utilizaran proyectiles tan sofisticados. De aquí en adelante, lo tendré todo en cuenta.

—Dios mío, parece cosa de brujería... —Sudaba copiosamente el oriental, al ajustarse sus gafas, ahora con cierta aprensión desde que Darby nombrase la condición mortífera del oro en aquel diabólico sistema de asesinato planeado por la organización criminal.

Es brujería. Nuestra brujería, señor Mitusho: la Electrónica... Una nueva Ciencia que puede proporcionarnos lo mejor... y lo peor. Desde un televisor del tamaño de un reloj de pulsera, hasta la muerte en simples píldoras dotadas de micro-programadores.

—Le debo la vida. De no insistir usted y quitarme de la cabeza la idea de encerrarme en aquella pagoda de Kioto... ahora estaría muerto.

—Lo sé. No me debe nada, señor Mitusho. Hago esto por dinero. Y también porque es mi trabajo y me gusta. Lamento no haber podido salvar igual a todos los infelices que murieron en aquel lugar, pero toda guerra tiene sus pérdidas humanas, y ésta es una guerra sucia, la más sucia de todas las guerras imaginadas por el hombre desde que el mundo es mundo. Hay que matar o morir. El terrorismo no admite otra alternativa.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—En su caso, yo procuraré continuar un tiempo oculto, fingiendo que Hideki Mitusho ha muerto realmente en ese atentado. Pero deberá hacerlo con todas sus consecuencias. Nadie, ni su propia familia, ni siquiera ninguno de sus socios en ese grupo multinacional de los Siete, deberán saber la verdad.

—¿Tan severas han de ser las medidas de prudencia? —se asombró Mitusho—. Confío ciegamente en mi familia, en mis socios...

—Pues hace mal. Algo falló, y por eso sabían de antemano sus enemigos dónde encontrarle y en qué forma. Eso quiere decir que hubo una filtración, la que fuese. Por imprudencia... o por traición.

—¡Traición! —repitió Mitusho horrorizado—. No, eso no es posible, no puedo creerlo...

—Es una simple posibilidad, no he dicho que existiera realmente.

—Y si existiera... ¿quién podría ser ese traidor?

—No lo sé —Darby se encogió de hombros, entornando sus fríos ojos de acero—. Pero lo averiguaré, no le quepa duda.

Clyde Walker, de los Verdugos Negros, entró en el santuario secreto de la reducida organización. Lena James, desde una mesa donde programaba una computadora con datos e informes de los que Darby quería siempre tener archivados para su lucha contra el terrorismo internacional, le saludó con un movimiento de cabeza.

Lucy Dehner, en otro punto de la sala, dejó de trabajar en sus labores químicas, para mirar un breve instante al recién llegado.

—Traes buena cara, Clyde —comentó, sonriendo. Y reanudó su tarea.

—Creo que tengo motivos para ello —suspiró el joven Walker—. ¿Dónde está Dexter?

—Dentro —señaló Lena a la puerta del fondo—. Tuvo un día muy ajetreado: regreso del Japón, despedida de la bella señorita Brügel, que regresaba a su Alemania natal, estudio de los detalles del caso Mitusho... Supongo que sigue trabajando en esto último. Está bastante irritado por el hecho de no haber previsto el procedimiento seguido por los asesinos en Kioto, pese a que Mitusho salvó su vida gracias a sus consejos de que cambiase de planes a última hora y dejase a un «doble» en su lugar.

—Le comprendo. Fue un modo fantástico de destruir a toda aquella gente —ponderó Walker, disgustado.

—Mucho —convino Lucy desde su mesa de trabajo—. Nos enfrentamos a algo más que una vulgar organización terrorista, Clyde. Son auténticos maestros del crimen, genios de la violencia y la destrucción. NEWO es una súper organización, no un grupúsculo más.

Clyde asintió, ceñudo, entrando en la cámara inmediata. Se encontró a Derby inclinado sobre una silla, pasando en vídeo las imágenes tomadas por una cámara de televisión oculta en la pagoda de la muerte. La escena de la increíble masacre efectuada por los proyectiles inteligentes, se repetía ante él, a cámara ralentizada. Lanzó una imprecación de disgusto.

—Son temibles —masculló, hablando consigo mismo—. Temibles, malditos sean.

—Hola, Dexter —saludó Clyde—. ¿Todavía preocupado con eso?

—No tengo otro remedio. Esa gente parece saberlo todo. Y utiliza el arma adecuada a cada momento. Cada vez estoy más convencido de que NEWO es la organización suprema, la élite del terrorismo mundial. Y los demás son sólo sus vasallos, simples tentáculos de una cabeza poderosa y astuta.

—Es posible. Te traigo información, Dexter.

—Adelante. ¿Algo bueno?

—Aún no sé. Nuestros contactos en varios puntos del mundo me

han transmitido sus informes. He seleccionado dos de ellos como realmente importantes.

—¿Cuáles son?

—En Hong Kong está anclado un yate fastuoso, propiedad de un hombre inmensamente rico: Gart Fairfax. El yate se dedica a la pesca y el recreo, y está lleno de mujeres hermosas, virtualmente desnudas o poco menos por cubierta todo el día.

—¿Y qué? —se sorprendió Darby—. Eso es normal en viejos verdes cargados de oro, como Gart Fairfax.

—La cosa no tendría mayor importancia, si no fuese porque a Gart Fairfax le han visto desde sus helicópteros y patrulleras los guardacostas de Victoria, en orgías más o menos depravadas con sus chicas, en la cubierta del yate.

—Sigue sin aparentar eso gran interés para nosotros... —sonrió Darby—. ¿O sientes envidia de tales cosas, Clyde?

—No bromeo, Dexter. Todo eso sería absolutamente normal en esa clase de gente, si no fuese porque poseo datos fidedignos de que Gart Fairfax... está veraneando apaciblemente en plena Costa Azul, exactamente en Niza, sin llevar consigo su lujoso yate.

—Eso ya es diferente —Darby entornó sus ojos astutamente—. ¿Quieres decir que el viejo millonario mujeriego está en dos sitios distintos a la vez?

—Exacto. Curioso, ¿no?

—Mucho. ¿Por qué supones que el verdadero Fairfax es el de Niza y el otro no?

—Muy sencillo —sonrió Clyde Walker—. Porque la reina Isabel II de Inglaterra es esperada en Hong Kong, en visita privada, dentro de cuarenta y ocho horas...

—¡Cielos, no! —Derby pegó un respingo—. Y Fairfax es gran amigo de la casa real británica...

—A eso iba, Fairfax padece una dolencia que le ha hecho internarse en un balneario de Niza muy poco frecuentado. Allí permanecerá un tiempo, seguramente sin salir de él para nada, y prácticamente ignorada su presencia en él por toda la prensa y la opinión pública mundial. Mientras tanto, «otro» Fairfax aparece en Hong Kong con su lujoso yate. ¿Qué cosa más natural que el tal Fairfax, buen amigo de la familia regia, haga una visita de cumplido a Su Graciosa Majestad, durante su breve estancia en Hong Kong...

y ocurra *algo* en esa visita, que cause una pérdida trágica y terrible para el mundo, en la persona de la propia reina?

—Sí, es lo que estaba pensando —afirmó Darby, agitado—. Pero hablaste de dos cosas. ¿Cuál es la otra?

—La señora Scoffield.

—¿La viuda de Kurt Scoffield?

—Exacto. Como sabes, encargué a nuestros amigos de Ottawa que vigilaran discretamente a la señora Scoffield, ya que ella fue quien sirvió y cocinó la cena que aquella noche tomó su esposo, con la cápsula explosiva dentro, en forma de un inofensivo guisante, algo duro para ser triturado por sus molares e incisivos...

—Sigue.

—Pues bien: la señora Scoffield se comportó normalmente hasta ahora, como si fuese lo que realmente es: una viuda desconsolada y triste, abatida por la tragedia familiar.

—¿Y bien...?

—Ahora, de repente, ha cambiado. No, no creas que se ha vuelto alegre, casquivana y frívola. Eso sería demasiado sencillo. Lo que ocurre es que, de repente, parece *asustada*. Nuestros hombres de Ottawa dicen que se oculta en casa, que ha hecho enrejear todas las ventanas y blindar las puertas y apenas se deja ver. Cuando lo hace, lleva consigo dos guardaespaldas profesionales. Curioso, ¿no?

—Mucho. ¿Qué ha podido asustarla así?

—No lo sé. Pero casualmente, coincidiendo con esos hechos, nuestros hombres han detectado en Ottawa la presencia de un tal Zorke, aunque no les ha sido posible localizarle.

—Zorke... Me suena ese nombre.

—Zorke es el nombre de un conocido asesino profesional, Darby. Una especie de ejecutor por contrato de gran eficiencia...

—Creo que vamos a actuar de inmediato —decidió rápidamente Cliff Darby, con el rostro ensombrecido—. Tú y Lucy vais a ir al Canadá, concretamente a Ottawa, a encargaros del caso Scoffield y Zorke. Lena y yo, iremos a Hong Kong de inmediato. Naturalmente, estaremos en contacto cada poco tiempo, a través de nuestro emisor-receptor. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Dexter. Feliz viaje a Hong Kong...

—Igual digo. Buen viaje a Ottawa...

CAPÍTULO V

SENDAS PARALELAS

La motora pasó vertiginosa, hendiendo las aguas apacibles de las tranquilas y azules aguas del Mar de la China Meridional, frente a la costa de Victoria. Dejó tras de sí una estela de espuma que cortaba la superficie como un cuchillo.

El yate *Olimpo* flotaba apaciblemente en medio de aquellas aguas, como un hermoso castillo acuático, blanco y deslumbrante. Era un verdadero palacio flotante, famoso por su lujo y por las fiestas mundanas que se daban a bordo, muchas de ellas convertidas a la postre en auténticas orgías.

Las diversas muchachas que con la sola pieza inferior de un bikini sobre sus bronceados cuerpos tendidos al sol, disfrutaban de la suave brisa marina en la cubierta del bello yate, agitaron alegremente sus manos, saludando al hombre joven, atlético y bronceado que tripulaba la canoa. Ésta pasó rugiente junto al yate, y el conductor devolvió el saludo a las jóvenes. Ellas rieron jovialmente. Algunas se asomaron a la borda, sin importarles demasiado que sus desnudos senos se exhibieran claramente bajo el sol, apoyados en la barandilla, como una ofrenda pagana y tentadora al apuesto ocupante de la canoa.

Éste pareció sentirse impresionado por tan radiante espectáculo, ya que poco después, volvía a hallarse cercano al yate, tras descubrir una cerrada curva en el agua, y asestaba unos potentes prismáticos sobre la cubierta, para contemplar mejor los tesoros femeninos que allí se exhibían tan generosamente.

Las bellas damas de a bordo parecieron complacidas por la atención de que eran objeto por parte de aquel hombre joven y atractivo, tan diferente sin duda al viejo y vicioso caballero

propietario del yate. Esta vez, le saludaron con gritos, risas y movimientos alegres de brazo la totalidad de las mujeres. La canoa pasó mucho más cerca del lujoso barco de recreo, para alejarse de nuevo, pero iniciando una nueva curva que le hiciera regresar.

Las componentes del moderno harén occidental, charlaban entre sí, divertidas, sabiendo que su admirador iba a volver a contemplarlas de cerca. En el puente, junto al timón, alguien más contemplaba esa escena con expresión ceñuda.

—Mire, patrón —dijo un marinero del yate, entregando los prismáticos con que seguía la trayectoria de la canoa a otro hombre, enjuto, bronceado y de blancos cabellos, erguido junto a él—. Ese tipo vuelve otra vez, Y en cada ocasión se acerca más al yate.

En silencio, el hombre de camisa de manga corta, gorra de marino y gesto hosco tomó los binoculares, comprobando que lo que decía su subordinado era cierto. Se quedó pensativo, con los ojos preocupados.

—No me gustan los curiosos —dijo secamente—. Aléjenlo.

—Sí, señor —afirmó gravemente el marinero.

Se dispuso a salir de la cabina. En esos precisos momentos, al iniciar la última curva de retorno, la canoa del curioso sufrió un vuelco violento, a causa de la forzada maniobra. Su conductor se fue al agua, y la canoa se inclinó de babor, empezando a llenarse de agua y volcando. Su motor fuera borda la alejó de su ocupante, que se quedó flotando en medio del mar, indefenso. Las mujeres gritaron en cubierta.

—¡Se va a ahogar! —clamó una—. ¡Hay que salvarle!

—¡Se hundirá si no le sacan de ahí! —Corroboró otra, asustada.

El capitán del yate arrugó el ceño más todavía. Siguió el desesperado braceo del náufrago con los prismáticos, mientras la canoa se hundía. Maldijo entre dientes y vio a las muchachas inclinadas a babor, algunas de ellas tomando ya los salvavidas para echarlos al mar.

—No puedo dejar hundir a ese maldito entrometido —masculló entre dientes—. Con tantos testigos, dirán que le deje morir intencionadamente...

Rápido, salió a cubierta y dio órdenes a sus hombres. Bajaron una lancha ligera y partieron dos de ellos a rescatar de las tranquilas pero profundas aguas al náufrago. Éste se mantenía a

flote al parecer con ciertas dificultades. Cuando fue izado a bordo, resoplaba con fatiga y se dejó caer en el fondo de la barca.

—Imbécil —jadeó el dueño del yate, cuando su canoa regresaba con el rescatado—. Sólo eso me faltaba ahora... Un invitado a bordo, faltando menos de veinticuatro horas para que la reina llegue a Hong Kong... Habrá que deshacerse pronto de él.

Al subir a cubierta, el rescatado parecía haberse recuperado bastante. Lo suficiente, cuando menos, para dejarse rodear y ayudar por todas las semidesnudas muchachas, cuyos senos le rozaron por doquier, en el más grato de los contactos.

—Gracias, queridas mías —les dijo a todas, con una deslumbrante, atractiva sonrisa en su bronceado rostro viril, que hizo suspirar de complacencia a más de una—. Gracias a todas, bellísimas criaturas. Valió la pena estar a punto de ahogarse, sólo por sentirse junto a vosotras unos minutos...

—Señor Fairfax, el náufrago ya está a salvo y a bordo —informó escueto su segundo, saludando con rigidez—. ¿Qué hacemos con él?

—Llévadle a un camarote de invitados y dadle ropa seca. Si está en condiciones, que suba a cubierta a la hora de comer y almorzará conmigo. Hay que mostrarse cortés con él. Es lo que haría el verdadero Gart Fairfax, ¿no es cierto? —rió huecamente el hombre de cabellos blancos y gorra de plato de marinero.

El marinero se echó a reír de buen humor, asintiendo.

—Cierto, señor —convino, irónico—. Así se hará. ¿Y las chicas? Parecen gustarle demasiado a ese tipo... y a ellas no les disgusta él.

—Deje que flirtee con todas o con alguna de ellas. Prohibírselo sería sospechoso. Eso le tendrá entretenido durante el tiempo que esté a bordo. Ah, averigüad quién es, ved sus documentos si los lleva, revisad sus ropas, todo... No puede uno fiarse de nadie en las actuales circunstancias, Renzo.

—Claro, señor. Confíe en mí. Al cambiarle de ropas, lo examinaré todo y le informaré...

Clyde Walker se acomodó mejor en su atalaya de Merrivale Road, para seguir con sus binoculares y su micrófono direccional, cuando el sistema audio de Lucy Dehner no fuese lo bastante nítido, la entrevista de ambas mujeres, en esos momentos, en los jardines de la residencia de los Scofield, en las afueras de Ottawa.

Lucy llevaba consigo un microscópico sistema de transmisión,

pero el aire frío que agitaba las arboledas y hacía ondular el césped, impedía que le fuera posible seguir la charla con detalle. No lejos de las dos mujeres, sentadas en el amplio jardín, se movían los dos guardaespaldas, paseando por el mismo sin separarse demasiado de su protegida.

También le era posible ver a una enfermera y a un hombre de bata blanca, sin duda un médico, que se aproximaban a veces a la mesa, para atender a la viuda. A través del sistema de escucha, le había sido posible saber que la viuda Scoffield estaba muy enferma de los nervios desde la trágica muerte de su esposo, y vivía postrada en su domicilio, siempre asistida por un médico y una enfermera. Se podía permitir esos lujos, gracias a la inmensa fortuna de su difunto esposo.

Lucy, haciéndose pasar por la corresponsal de una importante revista del corazón de los Estados Unidos, estaba haciendo una eficaz labor, sin duda alguna, interrogando a la señora Scoffield sobre infinidad de cosas triviales, que la ayudaban a ir perfilando la personalidad y estado de ánimo de la mujer que sirviera a su propio esposo la cápsula mortal, al parecer sin sospecharlo siquiera, según dijo la policía canadiense en su día.

El micrófono direccional de Clyde era de una manufactura especial, que incluso a aquella distancia, al otro lado de la carretera, le permitía captar la voz de la viuda en estos momentos, contestando a preguntas de la supuesta reportera:

—... La verdad es que gracias al tratamiento que el doctor McNamara, mi médico de cabecera, me ha aplicado, me es posible sobrellevar esta prueba con cierta energía. De otro modo, en vez de estar ahora ante usted, charlando amistosamente, me tendrían en un lecho, reducida mediante sedantes a una incapacidad total.

—No quiero hablar de ese tema, señora —objetó Lucy—. Recuerde que la condición para concederme esta entrevista, fue no mencionar para nada las tristes circunstancias que ha vivido recientemente...

—No, no importa ya eso —suspiró la dama—. Usted ha sido una buena chica y se ha portado bien. Deje que hable de ello. Tal vez, después de todo, me haga bien. Necesito olvidar, cierto. Pero también recordar... Sobre todo, recordar, amiga mía.

—¿Recordar? —indagó Lucy con tono ingenuo—. ¿Acaso no se

recuerda todo, aunque una no lo desee, cuando un ser querido se pierde de tal modo?

—No, no siempre. ¿Sabe lo que es ignorar el papel que una ha desempeñado en una situación semejante, no saber nada de nada... y que de repente se le haga la luz en el cerebro, y vea con claridad los más horribles y estremecedores detalles?

—Temo no entenderla, señora...

—Es igual —cortó ella, con brusca rapidez. Su gesto cambió—. Perdóneme, pero me siento cansada. Muy cansada. Demos por terminada la entrevista.

Lucy se mostró evidentemente confusa. Vaciló, tratando de razonar:

—Pero, señora Scoffield, usted había comenzado a decirme...

—No importa lo que le dijera —cortó ella, tajante—. Basta ya, señorita. Puede irse. Ya he sido demasiado condescendiente con usted. Buenos días.

—Por favor, señora Scoffield, quisiera que...

—Ya ha oído a la señorita —cortó fríamente ahora el médico, tomando a la dama que se ponía en pie, afectuosa y suavemente por los hombros—. Ella abusa de su fortaleza y eso no es prudente. Será mejor que se vaya. Se ha alterado mucho.

Lucy recogió su bloc, se encogió de hombros, resignada, y se dispuso a partir. La señora Scoffield, con su enfermera y su médico, desapareció dentro de la casa. Los dos guardaespaldas la siguieron.

Clyde meditó, con el ceño fruncido. Algo, en las últimas palabras de la viuda, le había conseguido intrigar, pero ni siquiera estaba demasiado seguro de lo que ello pudiera ser. Lucy ya se encaminaba fuera de la casa, y él se dispuso a abandonar su atalaya en aquella loma, dentro del automóvil, al otro lado de Merrivale Road, recogiendo el micrófono direccional y los prismáticos.

En ese preciso instante, sintió en su nuca el frío contacto del metal, en forma cilíndrica sin duda, y una helada voz impersonal le saludó:

—Bien, señor entrometido. ¿Resultó bien la escucha? Responda la verdad o le volaré la cabeza de inmediato. Aunque, bien mirado, es lo que tendré que hacer con usted de todos modos...

—Su nombre es Dexter Malone y su ocupación la de jefe de ventas en una empresa cinematográfica de Los Ángeles, California

—informó el marinero a Gart Fairfax, mostrándole la documentación empapada en agua del naufrago—. No lleva armas ni nada sospechoso encima, lo he comprobado. Parece ser quien efectivamente dice ser, porque incluso lleva una fotografía en su billetera, donde se le ve entrando en el Teatro Chino de Hollywood, en compañía de Raquel Welch y Bo Derek... ¡Los hay que tienen suerte, señor Fairfax!

Éste no dijo nada, estudiando cuanto le mostraba su esbirro. Comprobó que, en efecto, la fotografía existía y parecía legítima, aunque tal clase de cosas pueden trucarse fácilmente.

—De acuerdo. Parece no haber nada preocupante en todo esto, pero valdrá más que abandone cuanto antes el yate, aunque sin despertar sus recelos en absoluto —decidió, devolviendo todo a su subordinado—. Para él, yo seré Gart Fairfax en persona, él mi invitado a bordo durante unas horas... y luego le acercaré a Hong Kong en una canoa, ¿de acuerdo?

—Totalmente de acuerdo, patrón —afirmó Renzo, respetuoso, saliendo de la cabina, mientras su jefe se encaminaba con lentitud a su emisor-receptor de radio.

Poco después, el invitado forzosamente se sentaba a la mesa de Fairfax, en un lujoso comedor interior del suntuoso yate, siendo servidos por dos camareras cuyas cortísimas faldas y profundos descotes permitían durante el almuerzo contemplar panorámicas realmente deliciosas.

—Bien, señor Malone, para usted ha sido muy afortunado naufragar cerca de mi yate —decía con su mejor sonrisa el hombre que aparentaba ser el magnate Fairfax, sirviendo una copa de buen vino francés a su invitado—. Pero debe admitir que cometió una imprudencia temeraria que provocó el accidente...

—*Mea culpa* —suspiró Darby, en su papel de Dexter Malone—. Me fascinaron esas criaturas y... ¿Son familia suya?

—Cielos, no —rió el dueño del yate, con gesto divertido—. ¿Se imagina tener ese ramillete de sobrinas? Son simples invitadas, como usted.

—Pero mucho más bonitas y atractivas —comentó Darby, sonriendo.

—Oh, por supuesto. Me gusta rodearme de cosas bonitas, señor Malone. El dinero le da a uno esas ventajas, aunque no le conceda

la juventud que necesitaría para disfrutar plenamente de semejante compañía. Pero al menos la vista lo agradece.

—Evidentemente, así es.

—A ellas parece gustarles usted mucho —sugirió Fairfax—. Lástima que no pueda acompañarnos un tiempo a bordo. Seguro que tendría un romance con más de una de mis muchachas, señor Malone.

—Sería una tentación demasiado grande convivir con ellas sin sentirse uno proclive a la aventura —rió Darby.

—Por desgracia para usted, eso no es posible, aunque me gustaría invitarle a pasar un par de días a bordo. Debo dirigirme a Taiwán por negocios hoy mismo, y no puedo llevarle tan lejos. Pero mi gente le conducirá a tierra esta misma tarde, en una motora, y le ayudarán a explicar a las autoridades navales de Hong Kong todo lo sucedido a su canoa, si así lo desea.

—No será preciso, gracias. Yo resolveré eso. Era una canoa alquilada, pero imagino que su seguro iba incluido en el precio de su alquiler. De todos modos, ha sido muy amable conmigo. ¿Podría descansar un rato antes de ser devuelto a tierra? La verdad es que su delicioso almuerzo y el chapuzón de esta mañana, con el susto consiguiente, me han dado un cierto sopor...

—Por supuesto, por supuesto —agitó un brazo el millonario, con gesto afable—. Hasta las cinco puede estar a bordo, señor Malone. De modo que podrá descansar como mínimo un par de horas, si le parece suficiente.

—Sobraré. No sé cómo agradecerle...

—Olvide eso, amigo mío. Es un naufrago en alta mar... y mi invitado ahora. Eso lo justifica todo en personas como yo, habituadas a hacer vida marinera.

Cuando Darby estuvo de regreso en su camarote, donde ya tenía a punto su ropa limpia, consultó su reloj de pulsera sumergible, que ellos no le habían tocado en ningún momento por esa circunstancia, al rescatarle del mar.

Cerró la puerta de la cabina y presionó un botón del voluminoso reloj. Salió un leve zumbido y, después, una voz distante:

—Lena a la escucha, informé.

—Todo va bien. Fairfax parece ser él en persona por nuestros datos y fotos del archivo, pero es evidente que se trata de un

suplantador. Desean echarme pronto del yate. No se fiaron de mí. Revisaron todas mis cosas. Pero no encontraron nada. Voy a intentar averiguar qué procedimiento planean para atentar contra la reina.

—Cuidado, Dexter. Puede ser peligroso —avisó Lena—. Estaré dispuesta a la espera de cualquier señal.

—Conforme. Lo que sea, ha de estar en este yate. Dice que van a Taiwán, pero no es sino una mentira más. Han debido meter algo a bordo, para su proyectado golpe de mañana. Ha de ser algo eficaz a distancia. No creo que dejen a nadie aproximar a la reina lo suficiente como para atacarla de un modo convencional. Si Fairfax forma parte de la organización NEWO, ya sabemos cuáles son sus métodos... Mantente a la escucha, Lena.

—Estaré en todo momento.

Desconectó la transmisión a través de aquella micro emisora. Pulsó otro botón del reloj, y éste empezó a parpadear con una luz verde fluorescente en un punto de su esfera. El parpadeo se extinguió de inmediato.

Cliff Darby abandonó el camarote cuando el silencio más profundo reinaba a bordo. Avanzó por el pasillo, mirando de vez en cuando la esfera de su reloj. De aquel corredor pasó a otro. Tuvo que ocultarse en dos ocasiones. Una, de Renzo, el subordinado directo de Fairfax. Otra, de una de las chicas de la cubierta.

Finalmente, llegó ante una puerta, situada al fondo de un corredor flanqueado por puertas de camarote. Probó a abrirla. No cedió. Aplicó su mano a la madera.

La luz verde del reloj comenzó a parpadear muy veloz. Los ojos de Darby se entornaron, con una expresión de excitación y de cautela a la vez. Miró fijamente a la puerta cerrada.

Soltó la hebilla de su cinturón. Desprendió de ella su aguja metálica central. Estiró de ella por un extremo. La pieza de la hebilla resultó ser una especie de larga y afilada llave maestra. La introdujo en la cerradura de la puerta.

Tras varios giros, notó un chasquido leve. Retiró la ingeniosa ganzúa y abrió lentamente la puerta. Entró en una cámara profundamente oscura. Cerró tras de sí con rapidez y pulsó un tercer botón del reloj. Éste emitió desde el centro de su esfera un delgado hilo de luz bastante fuerte. La diminuta linterna cumplió su

función.

Estaba en una especie de bodega del yate, destinada a material. Pero el material que ahora contemplaba, era tan curioso como inquietante.

En medio de la sala había una urna de vidrio con un par de pájaros dentro. Los dos pájaros parecían vivos y expectantes. Al acercarse a ellos, comprobó que estaban disecados. Pero su aspecto era tal que seguían pareciendo vivos.

Se trataba de dos grandes albatros de alas desplegadas. Darby aproximó su reloj a los mismos. Apenas rozaron el vidrio de la urna, la luz verde titiló desesperada, vertiginosamente.

Era un contador Geiger en miniatura, totalmente silencioso. Aquellas aves sin vida despedían una fuerte radiactividad. Hizo otra prueba con el cuarto botón del complejo reloj. No ocurrió nada.

—Lo imaginaba —jadeó Darby, con ojos brillantes de astucia—. No llevan metal dentro. Sólo plásticos y materias que no pueden ser detectadas por las fuerzas de seguridad. Dos aves que pueden volar sin duda teledirigidas, como planeadores en un concurso... Dos aves de aspecto inofensivo que pueden sobrevolar cualquier punto de Hong Kong... sin despertar la más leve sospecha. Y que, de repente, al volar por encima de la reina... caen en picado. Y algo de tipo nuclear se activa dentro. Una muerte segura, llovida del cielo en forma inimaginable... ¡Qué perversa imaginación! El radar sólo detectará a dos simples aves marinas. Los detectores especiales de metales y armas no se activarán lo más mínimo... Y la muerte atómica caerá sobre la reina en forma de dos pequeños proyectiles teledirigidos, ocultos dentro de dos pájaros con apariencia normal...

—En efecto, señor Malone. Ése es el plan. Y se va a llevar a cabo —dijo la fría voz de Gart Fairfax, al fondo de la cámara, en respuesta a su monólogo.

Otra puerta se había abierto suave, calladamente. El falso Fairfax y Renzo, el marinero, le encañonaban con dos armas de fuego provistas de silenciador.

También tenía silenciador el arma que apuntaba a la cabeza de Clyde Walker en Ottawa en esos momentos. Tras la misma, se hallaba un hombre de facciones glaciales, ojos grises y duros, y aspecto de ejecutivo en viaje. Impecable traje marrón, corbata *beige*, camisa cruda, aire frío y profesional.

—¿Quién es usted? —indagó Clyde, sin perder la calma—. ¿Zorke?

—No. No soy Zorke —negó el otro—. Veo que está muy bien informado, señor... ¿cuál es su nombre?

—Eso importa poco, si piensa matarme —sonrió Clyde, muy sereno.

—Veo que los Verdugos Negros saben comportarse, llegado el momento.

—¿Por qué supone que soy uno de ellos?

—Vamos, vamos. Está vigilando a la señora Scoffield... Es fácil imaginarlo —rió entre dientes el otro—. De modo que están metidos en todo esto, ¿eh? No van a conseguir nada. Nosotros siempre conseguimos lo que nos proponemos.

—¿Quiénes son «ustedes»? ¿*Newo*?

—Veo que todos nos conocemos perfectamente. No valen fingimientos. Estamos a lados opuestos, de modo que tengo que matarle, o usted me matarla a mí, ¿cierto?

—Muy cierto. De momento, tiene usted ventaja.

—Ventaja definitiva, esté seguro. No me dejo sorprender fácilmente. Su amiguita no engaña a nadie. Ni usted tampoco. Esta vez se han encontrado un hueso duro de roer. Es relativamente fácil desarticular a grupos o comandos terroristas determinados, pero no a nosotros.

—Ya. Son la élite mundial del crimen terrorista, ¿no es así?

—Algo parecido —sonrió el otro—. No nos gusta recurrir a profesionales de otros campos, pero ésta es una situación especial. Zorke era el único que podía engañar a la señora Scoffield y a sus «gorilas»... porque es muy parecido al doctor McNamara y han bastado unos leves toques para completar ese parecido. Buscamos a nuestro hombre adecuado durante mucho tiempo...

—¡El doctor! —jadeó Clyde, palideciendo—. Es eso... ¡El doctor va a matar a la señora Scoffield! Porque no es el auténtico doctor McNamara...

—Exacto —suspiró el terrorista—. No nos queda otro remedio. La señora Scoffield fue fácilmente manipulada. Pudimos sorprenderla fuera de casa y someterla a hipnosis, ordenándola meter el explosivo gelatinoso en la cena de su marido aquella noche... Ella obedeció, sin recordar nada de nada. Pero

recientemente fue a un psiquiatra que domina la hipnosis... y ella empezó a recordar. Eso es peligroso. Tenemos que eliminarla...

—¿Cuándo?

—No se había elegido momento. La presencia suya y de su amiguita, detectada por nuestros hombres, precipita las cosas. Tendrá que morir *ahora*. Zorke está a punto de recibir la orden de matar. Pero antes de eso, va a morir usted. Ahora mismo.

CAPÍTULO VI

TERROR LATENTE

—¿Cómo supieron que yo estaba aquí? —indagó Darby, muy tranquilo.

—No era nada difícil —rió el supuesto Fairfax suavemente—. No pudo engañarme, Malone. Me comuniqué con personas que podían informarme bien. Dexter Malone trabaja para los Siete. Es uno de los Verdugos Negros, seguramente el jefe del grupo. ¿Me equivoco?

—Parece estar muy bien informado —silabeó Darby, tajante.

—Lo estoy, ya lo ha visto. Enseguida supuse que queda dormir esa siesta para merodear por mi barco impunemente. Imaginé que guardaba algún triunfo en la manga, pero confieso que ha superado mis previsiones. Ha sido capaz de llegar aquí y saber lo que se prepara contra la reina... Posee usted grandes recursos, Malone. Pero no tantos como nosotros. Ahora tengo que matarle. Y eso acaba con su aventura. Lamentable, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero conmigo no termina todo. Mi muerte no hará sino lanzar contra ustedes todas las iras de mi grupo.

—Esos Verdugos Negros no nos inquietan —se mofó Fairfax, encogiéndose de hombros—. Su cadáver ni siquiera aparecerá. Se le dará por perdido en el mar.

—Esas chicas invitadas tuyas me vieron subir a bordo, recuérdelo...

—Lo recuerdo muy bien. Va a salir de aquí ahora, con una canoa, acompañado por mis hombres. Habrá sufrido una especie de desvanecimiento o cosa parecida. Luego, en el regreso a Hong Kong, ocurrirá algo a la canoa, y usted se hundirá con ella. Mis hombres regresarán a nado, se le buscará... y no aparecerá. Todo muy sencillo.

—¿Va a dejarme inconsciente ahora?

—No tengo otro remedio, Malone. Pero no tema. No será doloroso...

Hizo un gesto a Renzo. Éste asintió. Disparó su arma sobre Darby.

Sonó un taponazo. De la pistola no brotó un proyectil metálico, sino un dardo que se clavó en el pecho de Darby. Éste vaciló, en pie, algo aturdido. Luego, lentamente, con un gemido, se desplomó de bruces, quedando inmóvil.

—Perfecto —aprobó el falso Fairfax—. Sigue siendo un arma eficaz y rápida la tuya, Renzo. Ahora, llevadle a una canoa, de modo que todas las chicas le vean. Ya sabéis el resto...

Renzo asintió. Poco después, Cliff Darby era llevado a cubierta por dos marinos. Renzo explicó que la comida le había sentado mal al parecer, y le llevaban a un médico de Hong Kong. Las muchachas se arremolinaron en torno suyo, defraudadas, despidiendo con cierta tristeza al atractivo varón que abandonaba el yate.

—Y ahora, quedarnos solas con ese viejo carcamal forrado de oro —se quejó una de ellas, viendo alejarse la canoa con Darby y los dos marineros.

El helicóptero apareció súbitamente en la zona marítima. No tenía nada de particular su presencia allí, revoloteando sobre el yate, las aguas del Mar de China y la propia canoa de los hombres del supuesto Fairfax. Renzo y el otro miraron, ceñudos, al vehículo ronroneante que les sobrevolaba cuando ya estaban lejos del yate.

—Espera a que ese pesado se aleje —gruñó Renzo—. Entonces liquidaremos a este tipo. No debe ver nadie lo que realmente sucede.

El otro esbirro asintió. Seguían surcando las aguas a toda velocidad. El helicóptero tomó altura y pareció alejarse. Pero de inmediato dio un giro brusco, descendió, y se aproximó a la canoa. Renzo, alarmado, tomó su pistola. Pero esta vez la que disparaba balas convencionales y no dardos adormecedores.

No tuvieron tiempo de nada. Desde el helicóptero saltó a la canoa, ágil como una pantera, una mujer de piel oscura, una mulata hermosa y turgente, de cuerpo felino, empuñando un chato fusil ametrallador. Al mismo tiempo, Darby despertó como por ensalmo, arrojándose contra el otro marinero y lanzándose ambos

fuertemente aferrados al agua.

Cuando Renzo alzó la pistola para disparar sobre Lena James, la mulata apretó el gatillo. Una ráfaga de balas segó el cuerpo y la vida del fiel servidor del falso dueño del yate. Instantes después, Darby regresaba a bordo, y el cuerpo del marinero terrorista se hundía en el mar, con la columna vertebral partida en dos.

—Muy a tiempo, ¿eh, Lena? —felicitó Darby, palmeando el hombro a la joven.

—Veo que no te hacía demasiada falta —suspiró ella—. Parecías inconsciente...

—Lo estuve apenas unos segundos. Ya sabes que siempre me administro el antídoto contra venenos y narcóticos, antes de emprender cualquier tarea. Pero fingí seguir aletargado para salvarme si tú no aparecías a tiempo...

—Capté enseguida la transmisión de pulsaciones de emergencia a través del reloj, Dexter —sonrió la mulata—. ¿Y el tipo del yate?

—Vamos ahora a por él. He descubierto cómo pensaban matar a la regia visitante de mañana...

Regreso al yate, esta vez a bordo del helicóptero, pero la victoria sólo fue parcial. Barrieron a los servidores del falso Fairfax en un tiroteo desde el helicóptero, pero cuando saltaron a bordo, ya era tarde. Las muchachas; llenas de terror, seguían en el yate. Sin embargo, el «doble» del magnate Gart Fairfax había desaparecido inexplicablemente.

Sólo cuando comprobaron las instalaciones de a bordo, comprendieron que una especie de minisub o pequeño submarino de bolsillo de una sola plaza; había abandonado el yate sin ser visto, Surgiendo bajo la quilla del *Olimpo*. En el que, sin duda, escapó el que quizás era el jefe supremo de la organización NEWO...

—Un triunfo, a veces, puede ser en parte un fracaso—, mi querida Lena —murmuró con pesar Darby, al comprobar que se le había escapado de entre las manos un pez gordo—. Hemos evitado que asesinen a la reina, pero no hemos arrancado la cabeza a NEWO, como esperaba...

Cuando días más tarde, fue informado el auténtico Gart Fairfax, en el balneario de Niza, de lo sucedido en Hong Kong, y, sobre todo, de lo que pudo haber llegado a suceder, todos supieron por experiencia propia lo que era un hombre primero asombrado y

luego furioso. Sobre todo, furioso.

Clyde Walker miraba fijamente al hombre que empuñaba el arma con silenciador ante él. Allá al otro lado de la carretera, la casa de la señora Scoffield debía de estar siendo en estos momentos escenario de un crimen a sangre fría, sin que nadie pudiera evitarlo.

—Muy bien —suspiró Clyde, con aire resignado—. Dispare.

Su ejecutor asintió, sonriendo fríamente. Su dedo tembló en el gatillo del arma.

En ese preciso instante, algo silbó en el quieto aire matinal. Un sordo gruñido escapó de labios del terrorista. Con infinito asombro, durante una décima de segundo, contempló al que iba a ser su víctima. Luego miró hacia el otro lado de la carretera y, finalmente, se desplomó en el césped, con un hilo de sangre corriendo desde su entrecejo, lentamente. Ya en el suelo, su pistola se disparó, clavándose la silenciosa bala en la tierra.

—Menos mal —suspiró Clyde, volviéndose hacia el punto de origen de aquel silbido apagado—. Creí que no llegabas a tiempo, Lucy.

—¿Supones que soy tonta? Me apresuré cuanto pude, en cuanto oí lo que sucedía —dijo ella, tras cruzar la carretera y reunirse con él, despojándose de un diminuto micrófono alojado en su oreja derecha—. También han sido oídas esas palabras en la finca de la señora Scoffield. Mira allá...

Clyde se volvió hacia la casa. Los guardaespaldas sacaban de la casa un cuerpo sin vida, envuelto en una bata blanca, y bajo la amenaza de sus armas a la joven enfermera que había formado equipo con el falso doctor McNamara.

—¿Pusiste el micrófono en la pulsera de la señora Scoffield?

—Sí, en la de su reloj. Ni se dio cuenta. Lo hice cuando estrechaba su mano al llegar. Luego, conecté su funcionamiento cuando me iba. Como tú suponías, te verían espiando la casa, y te darían caza, hablando más de la cuenta.

—Hemos dejado el trabajo sucio a esos guardaespaldas, Lucy.

—Eran los que mejor podían hacerlo. Después de todo, el tal Zorke no era sino un asesino profesional que no se merecía otro destino... —La joven guardó entre sus ropas la pistola especial, silenciosa, de balas especiales, capaces de penetrar en su blanco sin apenas dejar otro rastro que un agujero diminuto, dada su pequeñez

que, sin embargo, iba compensada por una enorme potencia destructora interior—. Tuve que atinar mucho la puntería para no errar el tiro. Si no, te hubiera asesinado sin remedio...

—Son los gajes de este trabajo, querida —se lamentó Clyde—. La próxima vez procuraré no servir de señuelo. Ahora, informemos a Dexter de cuánto sucede, y sepamos qué hace él en Hong Kong. ¿Crees que ahora la señora Scofield podrá revelar algo de cuanto le sucedió estando bajo hipnosis, sabiendo que la hemos salvado la vida?

—Será cuestión de saberlo haciéndole otra visita cuanto antes —sonrió Lucy—. Puede que haya cambiado de idea y sea más sociable y locuaz conmigo.

Cliff Darby escuchó atentamente el relato de sus amigos, tras haber relatado él mismo su propia aventura en Hong Kong, frente al falso Gart Fairfax.

Profundamente preocupado, se enteró de todos los pormenores. Al llegar a la información que sus camaradas recibieran posteriormente de la viuda de Kart Scofield, su preocupación subió de grado.

—De modo que, según la señora Scofield la persona que la hipnotizó habló de un traidor entre los Siete...

—Así es... Recuerda que le mencionaron algo, durante la sesión en que la obligaron a grabar en su cerebro la orden de depositar la carga explosiva en la cena de su esposo, que el hombre encargado de hipnotizarla, un miembro de la organización terrorista entró a informar a su hipnotizador de que tenía establecido contacto con la persona que les había contratado. Y el hipnotizador mencionó algo, relativo a que aquella persona estaba demasiado impaciente y tenía mucha prisa «en deshacerse de los otros seis».

—Parece una clara alusión a los Siete... descontando a uno de ellos.

—Es lo que todos pensamos, sí. Pero ¿quién pudo hacer tal cosa y por qué?

—Hablé de eso con Marlene Brügel, y recuerdo que mencionó entonces que poseían entre todos un fondo común que podía elevarse a una enorme suma, si llegaba el caso de que varios de ellos muriesen, ya que ese fondo se repartiría entre los demás.

—Pero Dexter, una gente tan rica, tan inmensamente rica...

—Mi querido Clyde, a veces hasta la persona más rica sufre un revés financiero, y eso representa en gente así cientos, miles de millones. Acaso necesite con urgencia dinero, mucho dinero, sin que nadie llegue a enterarse de sus problemas económicos y... nada mejor que eliminar a cuantos más posibles de entre sus asociados del grupo de los Siete, para entrar en posesión de ese elevado fondo de millones.

—¿Tienes alguna sospecha en especial?

—No, Clyde. Puede ser cualquiera de ellos. Tenemos a Abraham Rosebud, el judío. A Troy Bellamy, el americano. A Marlene Briigel, la alemana. A Brian Hawthorne, el inglés, a Jean Paul Sorel, el francés... Y no olvidemos al amigo Mitusho, que sigue vivo, pese a lo que piensen los demás. Son nuestras seis opciones. Habrá que averiguar qué personas de ese grupo pasan problemas financieros o, cuando menos, ofrecen algún leve indicio de pasarlos.

—Trabajaremos en eso. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No sé. Supongo que NEWO amenazará pronto con nuevos atentados al grupo, para recibir ese dinero reclamado... o ir eliminando a miembros de los Siete, siguiendo las instrucciones de su contratante.

En ese momento, Lena James entró en la estancia con gesto demudado. Tendió a Derby un télex recién llegado a su cuartel general. Darby lo tomó y pegó un respingo, palideciendo.

—¡Maldita sea, Clyde! ¡Esa gente ha cambiado de táctica! Deben tener mucha prisa, y ésta es la mejor forma de cometer errores, pero de momento no lo han cometido, que es lo grave.

—¿Qué sucede, Dexter? —se alarmó Clyde.

—Han matado a otro.

—¡Dios, no! ¿A quién?

—Esta vez, ha sido a Abraham Rosebud, el judío que era presidente de turno de los Siete...

—Oh, no, cielos. Sin previo aviso, sin reclamar nada...

—Según este télex, han reclamado ya diez mil millones de dólares de inmediato... o matarán al tercer miembro. Que para ellos supone el cuarto, pues siguen creyendo muerto a Mitusho.

—¿Y qué harán ahora?

—Me temo que pagar. Así, el terrorismo ingresará una suma fabulosa para sus siniestros fines en todo el mundo... y el que les

contrató recibirá el pago de su traición a los demás compañeros. En su amenaza dicen que mañana mismo ejecutarán a su cuarta víctima, si antes no reciben confirmación de la entrega de la suma pedida.

—Si al menos supiéramos quién es esa cuarta víctima amenazada...

Todos se volvieron. Lucy Denher acababa de entrar en la estancia con algo en su mano. La contemplaron asombrados.

—¿Tú? —dudó Darby—. ¿Tú sabes... quién está amenazado de muerte por esos terroristas, Lucy? ¿Cómo es ello posible?

—He estado examinando las pertenencias del terrorista a quien maté en Ottawa —explicó Lucy—. Ha sido trabajoso, pero mi tarea de laboratorio dio sus resultados al fin: he encontrado algo en un calendario de bolsillo de aquel terrorista. Lo que parecía un simple disco con el nombre del mes, muy pequeño, ha resultado ser un punto adhesivo con un microfilm.

—Sigue. ¿Qué más? —la apremió Darby, excitado.

—He ampliado el microfilm lo suficiente para que resulte legible todo lo que contiene. Quiero que lo veáis.

Alzó en su mano una fotografía ampliada de un microfilm insertado en un punto rojo de un calendario de bolsillo. Era una nítida imagen de un edificio, con un plano detallado, datos anotados al pie, flechas indicadoras... y una fotografía de mujer en un ángulo.

El edificio en cuestión figuraba señalado en un plano urbano, con una plaza determinada: Karlsplatz, también fotografiada en otro ángulo, con un edificio marcado con un aspa roja.

—¡Cielos, no! —bramó Darby, poniéndose en pie de un salto, mortalmente pálido—. ¡Esta ciudad es Munich! ¡Y esa mujer... es Marlene Brügel! ¡Es ella la siguiente víctima de los terroristas!

CAPÍTULO VII

DESENLACE EN MUNICH

Marlene Brügel se incorporó de su mesa de trabajo en el confortable despacho de su domicilio particular, que ocupaba en uno de los pintorescos y antiguos edificios de la Karlsplatz muniquesa, junto al arco de la puerta amurallada. El anuncio cercano de la Mercedes Benz, resplandecía en la noche.

Era ya muy tarde e iba a retirarse. Se sentía cansada aquel día. Además, la noticia, escuchada en el telediario de la sobremesa, de la súbita muerte violenta de Abraham Rosebud, la había dejado realmente anonadada. No es que le pillase ya de sorpresa nada de cuanto pudiese suceder, relacionado con la violencia del grupo terrorista que les tenía amenazados. Pero no había esperado que fuese Rosebud el elegido por los asesinos precisamente en este momento. Además, esta vez ni siquiera se habían molestado en anunciar su nuevo crimen, aunque sí reclamaban imperiosamente la suma, más elevada ahora, bajo la amenaza de un nuevo asesinato.

Marlene se sentía desolada, rota. Ni siquiera la ayuda de los Verdugos Negros podía evitar lo inevitable. Por un momento, recordó a Dexter Malone y sonrió, moviendo la cabeza.

Le había impresionado aquel hombre, la noche del extraño circo erótico en Hamburgo. Le imaginó capaz de las hazañas más impresionantes. Capaz, incluso, de terminar con la amenaza terrorista de NEWO.

Y no había sido así. Por desgracia, ellos seguían siendo los más fuertes, los que dictaban su ley. Eso había desmoralizado totalmente a la joven, hermosa y rica alemana.

Comprobó que todos los sistemas de seguridad instalados en la casa funcionaban a la perfección, en el cuadro electrónico que

señalaba todos los accesos a la casa, perfectamente controlados. Luego, se retiró a su dormitorio sin prisa, caminando despacio, con fatiga física y mental.

Entró en la espaciosa alcoba donde dormía. Encendió las luces y cerró tras de sí la puerta, accionando otro resorte de seguridad para estar aislada durante la noche y no correr peligro alguno de que un intruso pudiera penetrar en la casa y, especialmente, en su dormitorio.

Apenas lo hubo hecho e iniciado el camino hacia su lecho, supo que nada de eso había servido en absoluto. El intruso, el enemigo, ya estaba en casa.

Contempló con la sangre helada en sus venas, la presencia de los dos hombres en su habitación. Ambos iban encapuchados, vestían ropas oscuras, suéter de cuello cerrado, manos enguantadas. Esgrimían armas automáticas con silenciador y la miraban fijamente, desde los espesos cortinajes, a través de las rendijas de sus máscaras.

—Buenas noches, señorita Brügel —saludó uno de ellos, el más alto.

—Dios mío... —jadeó Marlene. Y preguntó algo que le pareció luego absolutamente inútil y ridículo—: ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan aquí?

—Lamentamos resultar una visita molesta e inoportuna, señorita Brügel —declaró el hombre alto con frialdad—. Lo cierto es que teníamos otros planes para usted. Algo más sofisticado, menos teatral. Pero un especialista nuestro tuvo un incidente en Canadá y no pudo ocuparse de este caso como estaba previsto. Por ello me ocupo personalmente de ello, y no dispongo de mucho tiempo para llevar a cabo mi tarea.

—¿Qué tarea? —susurró ella.

—Matarla, naturalmente —dijo con tono cansado el encapuchado—. ¿No lo sospechó ya al vemos?

—Sí, claro que lo sospeché. Ustedes son... son NEWO.

—Nunca mejor dicho —rió el encapuchado—. Es jefe supremo de NEWO, señorita Brügel. Ése soy yo. Tiene un alto honor en ser ejecutada personalmente por mí.

—Honor al que renunciaría gustosa. ¿Cuál puede ser el precio de mi vida?

—Le siento. No admito pactos ya. Su vida no me preocupa. No tengo nada personal contra usted. Pero debo presionar a sus compañeros para que paguen. Mañana, sin duda, muerta usted, cederán. Están aterrados, angustiados, no aguantan ya más. Usted será el colofón, estoy seguro. En vez de un sofisticado explosivo, un ingenio de cualquier tipo, debo matarla con este arma. Pero procuraré que no sufra. Sé disparar muy bien, señorita Brügel, esté segura de ello... yo le pagaré mil millones si me perdona la vida...

—No puedo aceptar. Son diez mil los que quiero, compéndalo.

—¿Es su última palabra?

—Sí, es mi última palabra. Dispóngase a morir. ¿Quiere dar media vuelta?

No, gracias. No me gusta el tiro en la nuca. Moriré dando la cara. Es más digno.

—Como quiera —alzó el arma. La fría mirada se fijó en ella.

—Una última pregunta, si voy a morir —susurró.

—¿Sí?

—¿Podría decirme si es cierto lo que sospecho hace tiempo?

—¿Qué sospecha?

—Que hay... un traidor entre nosotros. Uno de los Siete ha traicionado a los demás, contratándoles a ustedes para exterminar a seis de nosotros...

—Es muy lista. Sí. Hay un traidor. Ésos son los hechos.

—¿Y... quién es ese hombre?

—Quiere saber mucho. Algo que yo sólo conozco.

—Si he de llevarme el secreto a la tumba, ¿qué más da?

—Muy bien, se lo diré —suspiró el terrorista—. El hombre que les ha traicionado a todos, adquiriendo nuestros servicios no es otro que... Hideki Mitusho, el industrial japonés a quien todos creen muerto... Y ahora, hasta nunca, señorita Brügel.

Marlene Brügel supo que iba a morir.

Esperó a pie firme, serena y valerosa, la bala mortal que acabase con su joven existencia, todavía con el asombro en su mente al saber la identidad real del hombre que había traicionado a los demás por dinero.

Mitusho, el afable japonés, el segundo amenazado en teoría... Todo aquello de la pagoda, una sangrienta farsa para edificarse la mejor de las coartadas, sin duda alguna Mitusho, quizás al borde de

la quiebra sin que nadie, lo sospechara...

Cuando se disparó el arma, contra todo lo previsible, el estampido fue áspero, sonoro, retumbando en la casa llena de sistemas de seguridad electrónica que tan fácilmente habían sido salvados por los sofisticados recursos de la organización terrorista.

El arma silenciosa escapó de la mano del jefe de NEWO. Su brazo quedó destrozado por una bala de potente calibre. Su compinche alzó su arma, intentando repeler la agresión. Varios disparos acabaron con su vida, lanzándole cosido a balazos contra los cortinajes, entre los que se envolvió, ensangrentado, antes de rodar al suelo.

Aterrada, pero con una esperanza súbita e inconcreta, Marlene giró la cabeza, contemplando con asombro al hombre que aparecía a sus espaldas, empuñando una poderosa pistola, una Magnum de potentísimo calibre, capaz de destrozarse de un solo balazo a cualquiera. El brazo despedazado del terrorista, así lo demostraba.

—¡Dexter! —gritó ella—. ¡Dexter Malone! ¿Usted?

—Así es —sonrió él, encañonando todavía al herido jefe de NEWO—. Cómo ve, su fiel amigo y protector una vez más, señorita Brügel...

—Dios mío... Me salvó la vida. Iban a asesinarme...

—Lo sé. Estaba enterado de que usted era la próxima víctima, y que la muerte inesperada de un especialista en Canadá, iba a exigir de los terroristas un esfuerzo desesperado para cumplir sus amenazas y presionar más aún a los que quedan con vida de los Siete. Lo que nunca imaginé es que el propio jefe de NEWO nos hiciera el honor de ocuparse de tal tarea, ni tampoco que el afable señor Mitusho fuese quien traicionó a todos sus camaradas, contratando a los terroristas para matarles a todos.

—Mitusho, que fue uno de los que votaron «no» al pago de lo reclamado...

—Claro. A él le convenía que fuesen siendo eliminados unos cuantos. Pero ahora va a pagar por todo eso. Se burló de mí una vez al fingirse en peligro de muerte y solicitar nuestra ayuda... ¿Por qué sospeché que había un traidor?

—Porque solamente así era posible que alguien hubiera conocido todos los detalles de nuestro encuentro en el Circo de Sade, ¿recuerda?

Si —suspiró Darby—. Yo también pensaba algo así... Bien, ahora vamos a saber quién era el jefe de la famosa organización criminal...

Avanzó hacia el encapuchado, que le contempló con ojos aterrados tras su máscara. Darby, sin contemplaciones, endurecido su semblante, se la arrancó de golpe. ¡Cielos! —murmuró Marlene Brügel con sorpresa.

Conozco a ese hombre. Me lo presentaron una vez en los Estados Unidos. Es Gart Fairfax, el magnate...

Es su doble exacto —jadeó el jefe de NEWO, con su brazo colgando lastimosamente, astillado y sangrante, Miró con odio a Cliff Darby—. Nos conocemos ya los dos, ¿no es cierto?

—Muy cierto —asintió Darby—. Pero el verdadero permanece ahora en un balneario de Niza, ¿verdad? Con su artrosis y su dolencia venérea...

Muy cierto —dijo roncamente el capturado—. Me hicieron cirugía plástica para ser idéntico a él, pero usted hizo inútil todo eso cuando intervino allá en Hong Kong, maldito sea...

Darby no dijo nada. Se aproximó al falso Fairfax.

Le aferró el rostro. Tiró de él, mientras clavaba rudamente su arma en el pecho del asesino. Marlene le contempló con extrañeza.

—¿Qué hace, Dexter? —preguntó.

—Comprobar algo, señorita Brügel: este perfecto «doble» del millonario americano Fairfax no tiene la menor cicatriz de cirugía plástica en toda su faz. Ni siquiera en el cuello o la nuca o tras sus orejas. Eso sólo quiere decir una cosa...

—¿Cuál? —se sorprendió ella, mientras el terrorista herido palidecía.

—Una muy simple: es el «doble» el que está en el balneario de Niza... y el propio Gart Fairfax, el gran magnate, quien dirigía la organización New World ¿no es cierto? —¡Maldito sea, Malone! Tiene usted que estropearlo todo —jadeó Fairfax amargamente, con mal contenida ira—. ¿Por qué tuvo que meterse en todo esto?

—¿Por qué? ¿Quiere usted saberlo? Escuche, Fairfax: porque hombres como usted, sin escrúpulos, ricos y poderosos, están detrás de las organizaciones asesinas que inmolan diariamente en el mundo a inocentes con bombas, disparos y violencia. Porque perdí a los secos más queridos y juré vengarme de todos ustedes, sucia

escoria maldita. Y porque no cejaré hasta que el último terrorista caiga, o hasta que sea yo el vencido en esta batalla. Ahora ya lo sabe. Y si algún tribunal es blando con usted y no le sentencian, si escapa de alguna forma, juro que iré tras de usted para acabar con su vida como si fuese la de una sucia alimaña.

—No tendrá ese placer, Malone —rió el herido—. Me escapo ya de sus manos... ¿Creía que iba a poderme llevar con vida ante mis jueces?

Darby maldijo entre dientes, apresurándose a saltar sobre Fairfax y abrir su boca. Ya era tarde. Una espuma verdosa invadía todo su paladar y garganta, fluyendo entre los dientes. Le dirigió una cadavérica sonrisa... y se desplomó sin vida, como fulminado.

—Muerto... Se mató antes de ser juzgado, Malone... —musitó ella.

—Tanto mejor. Los tribunales suelen ser demasiado blandos con esta gentuza. Así ya no escapará a su castigo. Ahora, que sea Dios quien le juzgue.

—Dexter, ¿cómo pudo entrar usted en mi casa, pese a los sistemas de seguridad? —se interesó ella, tras un silencio.

—Tan fácilmente como ellos —señaló a los terroristas abatidos—. No es nada complicado. Contra un sistema de seguridad sofisticado, existen medios más sofisticados de neutralizar ciertos circuitos... Ellos lo sabían. Y yo también. Hoy en día, ninguno estamos seguros en el mundo que nos ha tocado vivir. Ahora, llamemos a la policía de Munich. Hay que informarles de lo sucedido...

—Sí, Dexter. Y luego... ¿qué hará?

—Volar de nuevo a mi cuartel general. Hay aún mucho por hacer, aunque se hayan salvado los que quedaban de los Siete y aunque Mitusho caiga en manos de la policía japonesa dentro de pocas horas.

—¿Por qué no se queda en Munich unos días al menos? —invitadora, miró con insinuante expresión al lecho.

—Lo siento —negó Darby—. Tal vez algún día. Hoy, no.

—¿Por qué? ¿No le gusto?

—Mucho. Pero aún es pronto. Un recuerdo sigue vivo en mi mente. Se llama Sue. Alguna vez, borraré de mi cerebro ese recuerdo, al menos en parte. Y entonces volveré, señorita Brügel.

—Marlene para usted, Dexter.

—Conforme, Marlene. Volveré. Y entonces podrá llamarme por mi verdadero nombre.

—¿Es que tiene otro?

—Sí. El verdadero. El que sólo diré a la mujer con quien comparta alguna vez mi existencia. Pero ella tendrá que dejarme seguir. Seguir con mi tarea, con mi promesa...

—¿Seguir luchando contra el terror?

—Así es. ¿Cree que usted podría soportar eso?

—¿Por qué no? Y hasta poner mi fortuna al servicio de esa causa tan noble. Después de todo, ese mismo terror estuvo a punto de aniquilarme a mí... y usted me salvó. Le debería eso y mucho más. Además...

—¿Qué?

—Además... me gusta usted. Creo que le amo. Sí, Dexter... o como te llames. Me gustas. Te amo. Iría contigo adonde fuese.

—Es posible que un día te haga repetir eso —sonrió amargamente Darby, dirigiéndose a la salida. Antes, se inclinó. Besó un instante los labios de Marlene, fugazmente—. Hasta entonces, Marlene.

—Hasta entonces, querido mío.

EPÍLOGO

EN PRIMERA PERSONA

Sí.

Algún día volveré a ella. Estoy seguro de eso. Pienso en ella. Me atrae. Es mujer. Es hermosa. Es joven.

Yo soy joven. Soy humano. Soy un hombre. Y me siento solo...

Lena y Lucy son buenas amigas, grandes camaradas.

Pero sólo eso. Yo sigo pensando en ella, en Marlene.

Pero tengo trabajo todavía. Mucho trabajo. Cada vez más, por desgracia para este mundo en que nos ha tocado vivir.

Aun así, habrá un alto, un breve descanso en la tarea. Reflexionaré, pensaré en ello.

Y tal vez me decida al fin.

Y tal vez vaya un día a Munich, en breve plazo.

Y ése será el final de una etapa de mi vida. El principio de otra.

Pero eso sí. Seguiré luchando. Siempre. Hasta que no pueda más. O hasta morir.

Seguiré. Lo he prometido. Lo cumpliré.

FIN



ISBN 84-02-02513-7



9 788402 025135

01680

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

